

CUANDO DUELEN LOS SUEÑOS

(NOVELA)

Juan Luis Roldán Calzado

*Al que yo era cuando empecé a escribir esta novela
(él sabría por qué)*

Me has herido, me has herido.
Qué rota me siento.
Pero no creas,
yo también te he usado a ti.
Es mi manera de vengarme
cuando me causan dolor.
Con él he escrito
canciones de roto amor.

Aurora Beltrán

(Del tema 'No'
de Tahures Zurdos)

Madrid, 1992

La verdad es que echaré de menos Madrid... Madrid engancha, aunque cuesta sentirse parte de ella, dejar huella. En un pueblo es diferente: la ausencia de alguien se nota realmente en la vida cotidiana. Deja un vacío... Un accidente, por ejemplo. En un pueblo mueren cuatro en un accidente y es una conmoción. Pasa en Madrid y como si nada... Bueno, siempre se siente cierta angustia al escuchar en la radio los nombres de las víctimas; pensando que van a nombrar a alguien que conoces. A mi nunca me ha pasado, pero sabes que puede pasar, así que hasta que oyes el nombre de la ciudad y crees recordar que nadie de los tuyos andaba por allí, no respiras... Y, así y todo, si dicen algún nombre siempre lo escuchas con angustia. “Entre las víctimas se encontraban: Víctor...”. “Mierda, Víctor”, piensas. “Gómez de...”. Y entonces respiras. Y piensas que, como una terrible lotería pero al revés, a alguien en España sí que le ha tocado. Sí ha reconocido el nombre hasta el final: “¡mi hijo!”; con esa sensación de irrealidad que produce la radio. Que aunque no eres un testigo directo de lo que te están contando, tienes una terrible confianza hacia esos tipos que nunca se equivocan; y para los que esa noticia, que a nosotros nos ha quitado parte de nuestras razones para vivir, para ellos es sólo parte... del parte; parte del parte de sucesos. La gente se convierte en un simple nombre; en un número del carnet de identidad. Toda la variedad de la gente: el sombrerito de esa niña, el peinado de ese muchacho, el bastón de esa vieja... Todo se hace anónimo, se convierte en un simple dato.

Sí que echaré de menos Madrid. Y sobre todo esta plaza... Carla siempre dice que tengo una gran suerte de tener un trabajo que me permita pasar todos los días por la Plaza Mayor. Y es cierto, aunque lo que debe ser increíble es vivir aquí. En una de esas buhardillas... No es la típica vida de barrio, desde luego. Aunque sí es cierto que la plaza tiene algunos personajes que son habituales... Hoy no veo a ese tío. Será por la hora, porque otras veces lo veo al mediodía. Me voy a ir de Madrid y sin haber hablado con él: me quedaré sin saber qué hace todos los días dando vueltas por la Plaza. Quizá simplemente es que está mal de la cabeza. Pero tenía que habérselo preguntado. Aunque sólo fuera por no quedarme con la curiosidad. Siempre lo he pensado y al final no me he atrevido a hacerlo; y seguro que sacaríamos más provecho hablando con gente como él que aguantando a tantos conocidos cuya vida en realidad nos importa poco... Pero nos dejamos llevar por las convenciones. Y es que cualquiera que no se ajusta a la norma

nos asusta, porque no sabemos cómo manejarlo. Y en cualquier caso tampoco nos interesa, pues cuestiona nuestra forma de vida. Nuestra vida organizada. Desorganizada. Desordenada. Por eso se dirá lo de “lleva una vida desordenada”.

Hum, no es tan pronto... A ver: cinco minutos, luego el autobús, que por lo menos son tres cuartos de hora, y después casi otra hora para ir a la estación. Quizá sea demasiado: lo mejor es el metro. Aunque meterme ahora en el metro la verdad es que no me apetece nada ... Pues nada, en autobús. Aunque es hora de tráfico y voy a andar con el tiempo justo... Casi mejor, porque así sólo tengo tiempo de cerrar las maletas y largarme. Las despedidas, cuanto más rápidas mejor. Y más si es despedirse de un piso que, vaya, no creo que me quiera dar mucha conversación... Y es que siempre doy demasiada importancia a los lugares por los que he ido pasando. Cuando lo que de verdad importa es la gente... Y si me apuras, tampoco: a veces centramos demasiado nuestra vida en una persona. Como si ella nos pudiera dar todo lo que creemos necesitar. Y a lo mejor nadie puede, porque buscamos un imposible... La felicidad. Es como un listón que depende donde lo queramos colocar. Y yo lo coloco allí, donde está ella: demasiado alto. Así que no hago más que dar saltos inútiles. Cuando podía estar ahí, tan a gusto, tumbado en la colchoneta.

La Puerta del Sol. Qué bonita está a estas horas. Se ve como si estuviera al fondo de un canal. Es la misma sensación que cuando estás llegando a un pueblo; y empiezas a verlo un par de kilómetros antes. Sin embargo, cuando llegas a Madrid, lo ves tan inmenso que es como si fuera el mar... Pero aquí no hay playa, vaya-vaya. Pero porque la ciudad es como el propio mar: vivimos dentro de él, dentro de esta ciudad impresionante... Impresión. Vida de impresión. “El tío se ha montado una vida de impresión”. No como la mía. La mía está mal montada. “Es que se olvidó usted de mirar el plano, hombre. Y hay cosas con las que no se puede improvisar, que luego pasa lo que pasa”. Menudo fracaso... Bueno, Carla diría que no. Y es que ella valora lo nuestro porque es raro: el valor de lo infrecuente. Pero también lo es caminar cabeza abajo y a nadie se le ocurre. Pero a ella le gusta que seamos una pieza extraña. Digna de museo. En un museo, todo el mundo admira las obras, pero ¡a ver quién se quedaría a vivir allí!. “-Yo vivo donde los frescos, ¿sabes?. -Qué suerte, cuando yo llegué sólo quedaba sitio en la Serie Negra y, chica, no hay quien pegue ojo por las noches”. Nada como vivir en un museo. Pero yo quiero tanto a Carla que me adapto a mi condición de estatua. Eso sí, abstracta. Contemporánea. De esas que tienes que mirar el cartelito para entenderla. El nuestro pondría: “Amistad”. Y el visitante del museo la miraría de arriba abajo, de un lado a otro, y se encogería de hombros. “Si él lo dice..., yo la verdad es que no veo nada que se parezca a la amistad”. Yo tampoco, oiga, pero a ver quién se lo dice a ella. Yo me conformo con tal de componer con ella un monumento común. Monumento. ¡Menudo monumento!. Con ella rompieron el molde. Por fuera les quedó muy bien, pero ya se sabe que los artistas tienen que dejar clara su autoría, dejar algún detalle que les distinga. Como en los edificios de los grandes arquitectos. Así que pensaron: “Bueno, por fuera ha quedado muy bien. A ver qué le ponemos dentro”. Y utilizaron un nuevo modelo de personalidad; uno que no se había utilizado nunca. Que apenas es compatible con los modelos tradicionales. Que necesita un enorme manual de instrucciones.

Tengo hambre. Hum, por aquí había una panadería... Sí, mírala, ahí está. Quizá podría comprar un poco de pan. A ver... ¡Cuanta gente!. ¿Entro?. Sí. No sé. Si no, luego... ¡Eh!, ¿por qué no has entrado?. A veces parece que no puedes parar el movimiento de los pies. Que funcionan por su cuenta, con unas instrucciones grabadas ante las que nada podemos hacer. Como la lengua; que olvida a veces las palabras que tanto hemos ensayado para soltar otras improvisadas. Que nos lo echan todo por tierra. Que según van brotando, ya nos estamos arrepintiéndolo de ellas. Nos desmarcamos. Bastardas, palabras bastardas; que no reconocemos. Pero por su timbre, por su tono, parecen nuestras y nuestro interlocutor querría hacernos una prueba de paternidad: “-Debe decir unas palabras de amor en este frasquito. -Pero, ¿así?, ¿en

frío?. -Hombre, si quiere una revista o algo así...”

Pues tengo hambre. Luego echaré de menos tener algo en el estómago. Porque en casa ya no queda nada. ¿Y en la estación?: puedo comprar allí un bocadillo; uno de esos de aspecto no muy saludable. Para salir del paso. Un bocadillo de paso. “Sí, ya se que no tiene muy buena pinta, pero, hombre, ¿qué esperaba de un bocadillo de paso?”

Rosa: quería venir a despedirme. La buena de Rosa. La echaré de menos. No tanto como a Carla, claro, pero sí que me acordaré de ella. De todos los ratos que hemos compartido en la tienda... Enseñándole esos dibujos de los que yo esperaba vivir algún día. “Mira, ¿qué te parece?”. Viñetas improvisadas en los papeles para notas. Que siempre le hacían gracia: “-¿Cómo se te ocurren estas cosas?. Mira que eres rápido”. Gatillo fácil. Chiste fácil... Muchos dibujos se los quedaba. Y eso me hacía sentirme importante. Sentía que de alguna manera estaba creando. Porque mis obras ya eran criaturas que vivían su propia vida... Me costará olvidar esos ratos. Y a Rosa le costará aún más, pues seguirá en el mismo escenario... Un escenario que se irá transformando: irán apareciendo otros actores, nuevas representaciones. Y a lo mejor a ella le toca tener más protagonismo. Ese protagonismo que se merece y yo no le he dado. Obsesionado por Carla: “-¿Es que actúo en otra obra, sabes?”. Una obra original. De vanguardia. “Carla, bonita, ¿seguro que pone eso en el libreto?”.

Ya está parpadeando. ¿Me da tiempo...? No, espera. Más vale tardar un minuto más que no llegar. Es como un eslogan de la Dirección General de Tráfico. “Por ganar un minuto, perdió su vida”. ¿No terminaba así una canción de Víctor Manuel: “perdioooo su viiidaaa”. Podrían usarlo como música del spot. Además, con esa cara tan poco alegre daría el tipo perfecto para un anuncio así... Lo cierto es que no sé cómo no se producen más accidentes; tal como vamos todos, conductores y viandantes. Viandantes. Viandas... Viandas para el que conduce. “¡Paso, que me los como!”.

Pero no, no hay tantos accidentes. Supongo que la Providencia también tiene su Departamento de Tráfico. Pero aún así hay accidentes... Por acumulación de trabajo. O para disimular, que no nos acostumbremos y nos tiremos al asfalto sabiendo que los ángeles de la guarda nos tienen que recoger. “Oye, que somos ángeles pero no gilipollas”.

Joder, qué ruido hace esa moto. ¿Sabes lo que es un silenciador?. ¿O te arrancaron esa página del código?... Además, del propio ruido del tubo de escape tendrá el cerebro hecho polvo... Cerebro de tubo de escape: se le escapan las ideas, que se evaporan al cielo de Madrid. Llenará de mierda las ideas que hay en el cielo. Las ideas vírgenes: los sueños que nadie recuerda al despertar. Las palabras que no hemos dicho. En el fondo, decimos lo que no queremos y las verdaderas palabras, las que querríamos haber dicho, conviven amputadas entre el cielo de Madrid.

Venga, que se va a poner verde... Vamos. Qué despacito va esa vieja: para mí que no le da tiempo. Cada metro que recorra le parecerá todo un logro. Como la de la película “Azul”: avanzaba con un esfuerzo sobrehumano sólo para echar una botella en el contenedor de vidrio... Debe ser otra noción del tiempo. Cosas que nosotros hacemos en un periquete, a ella se le harán eternas... Por esos nosotros perdemos más el tiempo: porque vale menos. “¿No le sobrarán un cuartito de hora para prestarme, joven?. Es que tengo que ir a por unas medicinas...”

Madrid Rock. Cintas. Quizás me lleve demasiadas a Villa. Pero, ¿cuál podría dejarme atrás?. Entre todas forman la banda sonora de nuestra vida reciente. Cada una tiene su función: escuchar una de ellas es como apretar el botón de los recuerdos. De los buenos recuerdos. Y, en realidad, de los no tan buenos... Y con estos el botón es peligroso. Un detonador. “¡Cuidado, agáchate que empieza la canción!”. Pero en realidad no es una explosión. De hecho, cuando empieza a sonar una de esas canciones, parece que no ocurre nada... Más bien es como un gas. Un gas letal. Carla, eso sí, está inmunizada. Casi diría que se alimenta del propio gas. Cada canción es como si reforzara su idea de la vida, de nuestra relación, mientras que a mí me

destruye. Cantan su victoria y mi derrota... Así que yo me siento como un prisionero escuchando el himno del país enemigo... Y, mientras, Carla reina encantada en ese país donde rige la originalidad, los sentimientos puros, donde están prohibidos los convencionalismos. Y yo, que en teoría podría irme, estoy enganchado a ella. Me ha robado el corazón. Peor aún: me ha robado el pasaporte y no puedo escapar de su puto país.

Los hippies... Vaya, ahora tendré que darles algo... No sé por qué me inquieta verlos. Y mira que paso veces por aquí, pero no termino de acostumbrarme a pasar junto a ellos. Y, sobre todo, a que se dirijan a mí. A que me pidan algo. A que me saquen del anonimato. ¡Con lo bien que se está escondido en el anonimato!... Desde allí uno puede observar sin ser visto: la cara tensa de este tío; incluso agresiva, que corre tan agobiado. O estas dos disfrutando de su mutua compañía; embriagadas por la confianza que se tienen... Se sorprenderán un día con un beso prohibido; con unas caricias mal vistas, fruto final de la admiración de su propia condición femenina. De sus propios sentimientos superiores; que nosotros, pobres hombres, nunca terminaremos de entender... Besos prohibidos: ninguno debería serlo. Pero, ¿quién las prepara a ellas para esa ruptura de las reglas?. ¿Quién les enseña a disfrutarla sin vergüenza?. Pues ellas mismas: no será su vergüenza mayor que la de los primeros amores... Pero quizá sea todo más intenso. Porque es un nuevo tipo de amor. Como volver de nuevo a la virginidad. Seguro que a los defensores de la castidad les daría algo... Pero lo bueno de la pasión es que desborda las reglas, y las acaba ridiculizando: “Escandalízate, que yo estoy querida y protegida por las noches. Escandalízate, que ya querrías tú dar que hablar”.

¿Les doy algo?... ¿Para qué?, ¿para pagar su “arte”? Si a veces ni siquiera tocan. La flauta es la excusa: para que no parezca que piden sin más. Aunque tampoco creo que eso les fuera a dar vergüenza... Desde luego, viviendo como viven, no creo que les preocupe mucho lo que los demás podamos pensar. Si alguien se inquieta somos nosotros, que no sabemos cómo reaccionar... ¿Les doy?. No, no les des.

¿UNA MONEDITA, AMIGO?

Sacude la cabeza... Ya está, siempre hago lo mismo: no les doy, pero soy incapaz de hacer como si no fuera conmigo. Al menos los miro, que otros ni siquiera les miran a la cara... Aunque, bueno, ¿qué más dará?. En el fondo lo que les importa es que les des algo. Aunque sea de malos modos. Aunque se la tires a la cabeza. “-¡Eh, tronco, ese tío casi te descalabra!. –Ya, colega, pero es de quinientas pelás. –Jo, macho, qué dabuten, qué suerte”.

A ver ese autobús... No, es un 147 que da la vuelta. Pero lo mismo está ahí el mío. Sí, pero ahora no tengo ganas de correr. A ver qué hora es...

20:36

¡Qué tarde!. Rápido. A ver... ¡Sí, está ahí!. ¡Si no arranca ya, lo cojo seguro!. No se mueve, no se mueve... ¡Bien, lo cogí!. ¿El bono?. Sí, aquí está... Hay muchos sitios libres: eso es que se acaba de ir uno... Al de la esquina. Si no me lo quita esa chica... No, se va a sentar en el otro.

¡Bueeeno!. Ya tenía ganas de sentarme... No puede ser, hay que ponerse en forma: una carrerita y estoy con la lengua fuera. La lengua fuera. “-¡Desvergonzado!. –No, señora es que me falta el resuello”... Eso sí, he llegado en el momento justo, porque empieza a llenarse. En este siempre hay mucha gente... Y eso que no pasa por muchas calles: la Gran Vía, Alcalá y luego, después de mi parada, creo que callejea más, pero no mucho. Pocas calles, pero buenas calles. Un bus exigente. Con pedigrí.

Mira la Policía Municipal: ¡se mete en Preciados como si tal cosa!. “¡Gracias a Dios que está la policía y vela por nosotros!. Y por la limpieza de nuestras calles”. Van a por los

vendedores negros... Limpieza étnica. Contenedores. Contenedores de negros: para reciclado; para blanqueo: el auténtico blanqueo, legal, sin problemas con Hacienda.

Y este vejete, cómo se pone al lado de la chica. Y eso que había muchos sitios vacíos... No creo que tenga mala intención; tan solo pocas oportunidades de viajar junto a una chica bonita... Pero ella pensará: “a ver qué quiere el viejo este”. Y con razón, claro. Y eso que es el autobús, que en el metro sí que salen manos de donde menos te lo esperas... Sobre todo en hora punta que, quieras que no, siempre se va más apretado. Más intimidad. “Es la hora íntima, así que bajamos las luces y déjense llevar”

En realidad esta es una línea sobre todo de ancianos... La línea previa al último viaje. Porque estoy yo, y la chica, y alguno más, que si no el conductor les llevaría directos al más allá. El abono transporte: ¿qué zona sería?. La Z... No, claro, no hace falta abono: sólo un billete de ida. Un billete que vamos sacando poco a poco... Para algunos lo importante es ese último destino: ¡final de trayecto!; pero yo, mientras haya otro autobús que salga más tarde, los iré dejando pasar... Así que al final tendré a todos los autobuses corriendo detrás de mí... Y la Muerte de revisor. Controlando los billetes... ¿Cómo elegirá a los pasajeros?.... Con la guadaña: pasará la guadaña como quien siega y a quien le pille le ha pillado. Sea joven o viejo... ¡Qué imagen más macabra!. Aunque pensar en la muerte siempre lo es. Nos cuesta hablar de ella con naturalidad... Y es que a nadie le apetece morir: pensar que hasta aquí llega el asunto. Tal vez la vida no sea todo lo buena que habíamos imaginado, pero que nadie nos adelante el final... La visita de la muerte. Afilando la guadaña: “Hijo, estás de muerte”. Y cayéndosele la baba... No, no hay prisa. Hay que aferrarse a la vida, aunque a veces resulte triste. Pero la propia melancolía es un signo de vida... ¿Quién dijo aquello...?. Ah, sí, Vicent. Manuel Vicent: que la melancolía es un don que los dioses regalan a los perdedores.

Los carteles de los cines: condensan toda la película en una sola imagen, pero eso sí, muy atractiva... Como tratamos de hacer las personas con los demás: “este es mi lado bueno”. Aunque en el cine ya se sabe lo que va a funcionar... Es cuestión de poner un par de caras conocidas. Y que el producto no se exceda en nada: ni muy difícil, ni muy violento, ni muy comprometido. Muy nada. “-Lo siento, tu guión no nos vale. -Pero, ¿por qué?. -No sé decirte, pero es muy *algo*”... Y lo increíble es que se gastan miles millones en películas que en realidad no valen nada. Pero que gustan; porque tienen todo lo que la gente quiere: el chico, la chica y un malo. El chico gana al malo y se lleva a la chica. Y todos nos vamos a casa tan contentos.

Y esa tirada en el banco... Tirada: esa es la palabra. Porque sus colegas ni la miran: están acostumbrados. Saben que es simplemente una etapa más; la misma que a lo mejor mañana les toca pasar a ellos. Algo habitual en sus vidas. Como nuestros dolores de cabeza... Supongo que la Muerte pierde la mayúscula para ellos: se convierte en algo próximo... ¿Qué pensará cuando se chute?. Mirará la jeringuilla y se preguntará si es esa la que finalmente va a matarla. Por estar adulterada. O ser demasiado pura... Es terrible. Pero lo peor es que tendrá tantas ganas de pincharse que ni pensará en ello.

Bueno, parece que nos movemos. Al final no voy a andar tan mal de tiempo... ¿Qué me queda por hacer?. La maleta está hecha, sólo falta cerrarla; luego revisar gas, grifos... y a la calle. Al mundo. Otra vez a empezar de nuevo. “-¿Otra vez usted por aquí?. Creía que ya tenía una vida hecha -Yo también, pero ya ve. Aquí estoy otra vez”... Empezar de nuevo: una nueva partida. Estrenando una nueva baraja... Pero seguro que Carla ha marcado las cartas. Así que es ella la que controla la partida y reparte. Apostando sólo cuando la mano le es propicia. Si no, sólo echa unos duros. Así que siempre sale ganando... Y en Villa no digamos: alejados de Madrid está en su terreno más que nunca. Madrid es un baño de realidad mientras que Villa es la magia. Aquella casa, el mar. Sentarse en la terraza con el mar enfrente. Y Carla que se sienta a mi lado. Sin hablar. Como si el mar fuera un espectáculo al que hemos acudido juntos. Y así permanecemos un rato en silencio, como si necesitáramos un tiempo antes de volver a hablar.

Una dosis: una dosis de mar y silencio... Y es por esos ratos que merece la pena luchar: tenerla ahí, a mi lado, como si el tiempo no le importara. Como si el resto del mundo hubiera desaparecido. Y vivo ese momento como una victoria. Una pequeña victoria dentro de una guerra que voy perdiendo poco a poco. Como la película “Un lugar en el mundo”: hemos perdido la guerra pero nos daremos el gustazo de ganar una batalla... Pero el problema es que nunca sabré si he perdido la guerra: siempre me atormentará la posibilidad de que cuando me retire el enemigo pueda estar a punto de rendirse.

Dos monjas. Se vienen a la parte de atrás: buscando sitio. Esperando que se lo cedan. O por monjas o por ancianas. Pero que se lo dejen. Es de mal gusto dejar a una monja de pie. “-Si quieres la tumbo, mami. –No es eso, Jaimito, no seas bruto”... Menos mal que hacen votos. Si hubiera monjas embarazadas sería el colmo: el no va más del asiento reservado... Aunque la ventaja de estar al lado de la ventana es que da menos corte no ceder el sitio... Pero se notará que disimulamos. Como los niños en el colegio cuando preguntan la lección: nadie quiere mirar al profesor no vaya a ser que le señale a él. Aquí también miramos para otro lado y es como si no pasara nada... Pero si estás en el pasillo es más complicado. Más de una te pone las bolsas a un palmo de tus narices. No sea que te hayas despistado.

Mira en la parada, ese pobre. Justo al lado de ese anuncio del tío saludable y bien vestido. Para la típica foto de contraste. De concurso... El eslogan está claro: “¿Por qué ser un muerto de hambre si usted puede ser un chico Danone, y acostarse cada día con una chica Danone?”... Pronto la publicidad será en carne y hueso: nos encontraremos en el jardín a un pedazo de mujer comiéndose un yogur mientras se balancea en nuestra hamaca con sensualidad. Relamiéndose, relamiéndose, mientras pone cara de placer... Pero cuando nos intentemos acercar, aparecerá, nadie sabe de donde, un rótulo de Danone. Mientras, por el otro lado, hordas de feministas comenzarán a perseguir a la chica del yogur por vender su cuerpo. Y yo detrás de ellas... Auténtica escena Benny Hill.

Vaya, esa se va a sentar aquí... Lo único malo de sentarse al lado de la ventana es que al salir es una lata. Sobre todo si llevas bultos: “perdone, perdone”, mientras le clavas el codo o le das un bolsazo... Una buena forma de intimar. “-¿Cómo le conociste? -Bueno, él estaba sentado al lado de mi en el autobús, junto a la ventana, y tuvo que salir. Y, en fin, mujer, ya sabes como son esas cosas...”

Es raro ver a una abuela hablando con su nieto. Y con esa facilidad... Con lo que ha cambiado la vida desde que ella tenía su edad. “Pero, abuelita, eso era antes, ¡en tus tiempos!”. La maldita frase, pensará la vieja: “¿y estos?, ¿no son estos mis tiempos?”. Debe haber una edad, un límite que separa las personas activas y las que ya empezamos a considerar pasivas; como si no fueran ya más que incómodos huéspedes. Y también separa por abajo, porque nunca son los tiempos de los niños: “Cuando seas mayor comerás huevos”. Y mientras, ¡a callar cuando habla tu padre!.

LOS MAYORES DE 60 AÑOS SUPONEN EL 20% DE LA CEE

¡Menos mal que he leído el monitor!; que si no, me acuesto sin saberlo... ¿Quién se leerá esas cosas?. Si al menos tuviera una información más práctica... “Crisis en el matrimonio de Chabeli” o “El Madrid tantea a Caminero”. O “Chabeli tantea a Caminero”. En fin, toda información fundamental... Pero esas cosas que ponen... ¿quién se lo va a leer?. Bueno, yo sí que lo leo. Pero por aburrimiento. O porque no sé cuando volveré a pasar por aquí; y me voy fijando más en los detalles. Como si fuera haciendo fotos con la vista. Y además estos cristales son como falsos espejos, así que también controlo el interior: a los pasajeros... La ventana indiscreta.

La abuela le habla de los viejos tiempos... Es natural. Imagino que yo haré lo mismo

cuando tenga su edad. Además, ahora la gente vive más años. Y, como a muchos les jubilan antes, resulta que la tercera edad es cada vez más larga. Cada vez más ancianos. Y no se si la sociedad está preparada para tanto anciano. Cualquiera día a algún Gobierno le da por quitarlos de en medio... Pero eso sí, cuando hayan pasado por las urnas, claro.

Qué chico tan atento: con qué cariño le habla a su abuelita. La verdad es que no es frecuente en alguien de su edad... Jose, siéntate, hombre, no te quedes ahí. Se quedará de pie mientras haya alguien que merezca el sitio más que él: “-Siéntese, siéntese usted. ¿Quiere apoyar los pies en mi espalda?”. Aunque en el fondo me produce cierto rechazo: por su buena educación. Porque una cosa es ser educado y otra arrastrarse de esa manera.

Y esa pareja, que bien se lo pasa... Claro, están en la edad. Aunque lo mismo dentro de un rato están discutiendo: es la misma pasión, que va cambiando de forma... Pero, eso sí, siempre reclamando la atención del otro: “Eres mío. Para comerte a besos o para gritarte, pero enfrente que yo te vea. No soporto tu ausencia, sin saber a qué dedicas esos minutos que deberían ser para mí. No soporto que te rías de chistes que yo no entiendo, ni que te emociones con paisajes que a mi me son indiferentes: te quiero, y te quiero para mi”. Oh! L`amour.

El chaval se ha sentado: casi lo obligó la abuelita... Pero seguro que aún tiene remordimientos. Por ese señor mayor... No se puede ser tan bueno, chaval: lo único que consigues es sufrir. Y este es un santo. Y muchos de los santos acabaron siendo mártires: “-Oiga, no exagere, que sólo le he dejado el sitio. –Anda, anda, no disimules...”. Hay que tener un poco de mala leche. Un poquito de sal y pimienta. Que, si no, te quedas muy soso. Y eso no le gusta a nadie: “-Es que, hija, es más soso... –¡Pues está buenísimo!”. Gastronomía amorosa... ¿Y yo?: soy un *gourmet*: sólo platos exquisitos. Pero eso sí, en raciones mínimas... Así que paso más hambre que un tonto. “-Ya te dije que no te pidieras una Carla. –Es que tenía tan buena pinta... –Ya, pero luego te quedas igual, ¿no lo ves?”. Peor: te repite. Como un virus. Te ataca y ya no puedes comer nada.

Esa que bosteza. Demasiado delgada para mi gusto; aunque muy fina, eso sí... Ha notado que la miro. Por eso se retoca el pelo. Y, de paso, el ego: a lo mejor su ego necesitaba un retoque

y, para eso, nada mejor que la mirada de un desconocido... Vaya, me mira de nuevo. Quizás sea sólo una coincidencia de las miradas. “No, si yo sólo miraba por aquí...”. Cuando conozco a alguien es lo primero que me fijo. Cómo mira. Cómo me mira a mí. Con Carla fue rápido. Visto y no visto; nunca mejor dicho... Con esa forma de mirarme como si estuviéramos en una especie de misma onda. Algo así como: “Tú también estás en el secreto, ¿verdad?”. Y esa mirada te hace sentir halagado, especial... Hasta que, con el tiempo, te das cuenta de que también mira a otros de la misma manera. Y te duele no ser ya el objeto fundamental de su mirada. Como si sus ojos fueran una cámara y tu salieras de plano. Ya no serás más el centro de los focos porque has perdido actualidad; así que tienes que hacer algo para que la cámara se vuelva a fijar en ti. Para mantener la audiencia. Para seguir saliendo en pantalla.

Mira esos sordomudos... Con tanto gesto tienen que ser expresivos a la fuerza. Aunque seguro que ellos interpretan los signos con la misma naturalidad que nosotros leemos. Sin ni siquiera pararse a pensar en ello... Pero probablemente se condiciona su relación con los demás... ¿Los demás? Los que hablamos. Aunque sea gente como Carla y yo, tan acostumbrados al silencio... Un silencio absurdo a primera vista, pues parece una renuncia a comunicarnos. Cuando es al contrario: nos adueñamos del silencio y compartimos ese momento. Compartimos la nada. Amar es compartir la nada. Qué buena frase. Rompamos una lanza por la nada; por el silencio... Aunque el silencio no siempre es valioso: lo es cuando antes hubo palabras. Cuando es huella de alguna palabra; de una palabra importante. “Llegué y, al escuchar aquel silencio, supe que allí se habían dicho cosas extraordinarias”. Pero, si no hay palabras detrás el silencio no vale nada: es un silencio vacío. Que es el que nos incomoda, el

que tratamos de romper con cualquier frase. Como si temiéramos que al callarnos todo ese silencio fuera a caer sobre nosotros... Con Carla no: Carla y yo callamos y estamos como pez en el agua.

Deben tener alguna entonación, como nosotros al hablar: la velocidad de los gestos, la agresividad. También deben influir las miradas. Y las sonrisas... Vaya, hay una pareja entre ellos: imagino que es más fácil entenderse con los suyos... ¿Cómo dirán “te quiero”? Será con lentitud, con un gesto pausado y suave; casi acariciando el aire; como uno quisiera acariciar a la otra persona... Las palabras se vuelven hechos. De las palabras a los hechos: aquí no hay ese salto... ¿Les costará hacer ese gesto tanto como a nosotros decir “te quiero”? A lo mejor resulta más sencillo. A los que hablamos nos cuesta mucho decirlo por primera vez. Y, al mismo tiempo, si lo decimos mucho, termina por perder parte de su significado. Acaba gastándose. “- Me dijo que me quería, pero, chica, se veía a la legua que eran palabras de segunda mano. ¡Vete a saber con que fulana las había utilizado antes!. -¡Oye, sin insultar!, ¿eh?”.

Con Carla es peor: nos decimos “Te quiero” y hay que echar mano del catálogo. “Perdona un instante, Carla. ¿Es *Te quiero* del tipo eres-mi-mejor-amigo o del tipo a-veces-me-planteo-que-podríamos-ser-pareja-pero-no-quiero-hacerte-daño”. Cuando yo sólo conozco el *Te quiero* formato más-que-a-nada-en-el-mundo. Así que no nos entendemos. Nos intercambiamos *tequieros* sin sentido... Como jugando al tenis. Pero un partido de tenis en que cada uno estuviera en una pista diferente. Y el público: en vez de mirar a izquierda y derecha, tendría que girar toda la cabeza... Como la niña del exorcista.

SE ALQUILA

Pues un piso en esta zona debe costar una pasta: en lo mejorcito de la calle y con vistas tanto a Cibeles como a la Puerta de Alcalá... Sería perfecto para los turistas. Sobre todo para los japoneses, que siempre van a toda prisa. Se les podría alquilar por cuartos de hora y así se ahorran un paseo.

Mira ese con la libreta: no es habitual ver a un mendigo escribir... Tal vez sea un diario: “-Es que al menos las palabras son gratis, ¿sabe?”. Un bolígrafo y un pequeño cuaderno y puede crear algo que esté por encima de la vida que lleva. Es lo de bueno de la literatura, que apenas necesita presupuesto... Aunque quizá sólo apunta los ingresos del día. Que no serán muchos: basta que una zona sea cara para que la gente eche menos... Y es que muchas veces da más el que ha tenido que sudar cada peseta. Simplemente porque sabe lo que vale.

El Retiro. Cuántas horas hemos pasado aquí juntos... Aunque hayamos tenido la Fuente del Berro tan cerca de casa, ir al Retiro era especial. Como cuando uno se pone el traje de los Domingos... Y es que en los parques ella está en su elemento... Cuando la veo disfrutar de cada planta, de cada árbol..., es como si penetrara en un mundo que a mí me es desconocido. Como en otra dimensión.

Otro coche averiado... A este paso, habrá un día en que serán de usar y tirar: coches desechables. Hasta los venderán en los quioscos: “hay veinte modelos de coches diferentes, ¡coleccionalos!. Con el primero, regalamos el segundo y una porra exclusiva para las discusiones de tráfico”... Y es que ahora todo se vende en los quioscos, lo mismo la película que el disco que la peli para el niño. Sólo falta que te lo suban a casa y, con suerte, no tienes ni que pisar la calle.

Los parques... “Supermercados de paisajes”, los llamaba: por la variedad de escenas que tenía para pintar... Así que se llevaba siempre los bártulos, aunque al final, si no encontraba nada que mereciera la pena, ni siquiera los abría. Ahora, si encontraba algo, no dudaba un instante. Como un coleccionista cuando ve una mariposa... Echaba mano de las pinturas y ya nada importaba. Daba igual si estábamos hablando. Incluso si hablábamos de algo importante:

ahora la pintura tenía preferencia... Al principio, en esos casos, yo decía: “Bueno, pues me voy a dar una vuelta”. Pero ella no me dejaba: “Me puedes sujetar la paleta”, me decía. Y allí estaba yo, sujetando la paleta... ¡Menudo pringado!... Ahora que siempre ha sido así con todo. Con los tíos con los que sale, sin ir más lejos. Como si ella se dedicara a pintar a otros mientras yo le elijo los tonos. “Este necesita aclararse. Ten paciencia”. “Cuidado, que ese sólo quiere ponerse morado”.

Aquí no para... Casi nunca para: es de esas paradas inútiles; que parece que la han puesto sin motivo. “¡Jefe, que ha *sobrao* una!. -¡Pues ponla ahí mismo, joder, qué más da!”... A veces pasa al revés: junto a tu parada ves otras de autobuses que nunca has visto pasar, que parece que no existen. Y cuando alguna vez tienes que cogerlo, hasta te asombras cuando al rato de espera terminan por venir: como si se rompiera un sueño o una premonición... Lo mismo pasa con esos vecinos que nunca has visto: que oyes su radio detrás de la puerta; que hueles su paella. Pero nunca te has cruzado con ellos. Y ves la ropa tendida y entonces dices: eh, es una mujer. Y una mujer joven. Y ves su uniforme y dices: ¡trabaja en el Corte inglés!. Así que, desde entonces, cada vez que una chica te atiende en el Corte Inglés le preguntas: “Oye, ¿tu vives en tal y tal dirección?”, y todas te miran con gesto de entre sorpresa y disgusto: “otro loco”, piensan. Pero con la amabilidad que es norma de la casa te dicen: “No, señor” y no te preguntan porqués. Hasta que una te dice: “Sí, ¿qué pasa?”. Y aquí la respuesta es seca y la mirada de prevención; y ella, aunque guapa, no se parece nada a lo que habías imaginado. Y cuando abres los brazos y le dices: “¡Que soy tu vecino!”, ella te dice: “Mira qué bien, son trescientas cincuenta, ¿tarjeta o efectivo?”. Y, viéndola tan distante, te sientes ahora más solo que si fueras el único inquilino del bloque... Y, cuando vas a tender, a veces se te cae el agua sobre su ropa casi seca. Casualmente, claro. “¡Toma Corte Inglés!”. No, a eso no me atrevería... No me gusta meterme en líos con los vecinos. En general no me gusta tener trato con ellos, ni bueno ni malo. Todos juntitos, pero cada uno en su sitio... Como buzones. Todos juntos, pero bajo llave y cada uno detrás de su puerta.

Me encanta esa chica... Cruza la última, ajena al resto. Entregada a sus propios pensamientos... Y es que los recorridos que hacemos por la ciudad no tienen ningún interés comparados con los que ofrece la imaginación. Dentro de cada uno de nosotros hay un pequeño mundo que se mueve en infinitas dimensiones, mientras que físicamente sólo nos movemos en una. Por eso es más fácil encontrarse en la calle que en el pensamiento... Ahora, que si te encuentras con alguien, enseguida lo reconoces: “Tus ideas me suenan. ¿No hemos coincidido en otro pensamiento?”. Hasta que encuentras a alguien que adivina tus pensamientos como si fueran suyos. Y que los acepta como algo natural. Entonces los pensamientos encajan a la perfección. Como si los suyos fueran los complementos que los tuyos necesitan. Igual que los cromos. Ella tiene justo los que a ti te faltan para terminar la colección. Pero con Carla siempre falta un cromo de la colección. El de la cama. “-Mira bien, Carla, ¿seguro que no tienes el cromo de la cama. -No, ese no, pero tengo el de los sueños, que a fin de cuentas es muy parecido. -No lo sabes tu bien, hija”... Así que, al final, queda una colección preciosa; pero, como le falta un cromo, nadie un duro por ella.

VEA PRECIOS

Sí, eso debería hacer yo: ver precios y comparar. Porque mi relación con Carla está resultando demasiado cara. Bancarrota sentimental... Pero parece que es el precio que hay que pagar: “Oiga, sólo conozco a una mujer que se atreva a adentrarse por esa selva mental que es su cabeza. Pero, eso sí, tiene que pagar su precio”. Prostitución mental. Relax. “Carla. Fantasía garantizada. Sólo en tu propio domicilio”

Ya se baja la embarazada... ¿Qué se sentirá?. Será como llevar un pasajero: “nosotros

dos nos bajamos en esta”. Y la sensación tras el parto: de haber perdido algo. Como una amputación; porque aquella criatura ya era parte de tu cuerpo... Así, no es extraño que exista el instinto maternal. En realidad, es una especie de instinto de supervivencia. De proteger tu propio cuerpo.

¡Vaya cacharro!. Deben de estar de obras. Es como un enorme insecto a la puerta del metro... La invasión de los insectos mecánicos. Sería un buen título de película. Con la Resistencia buscando los puntos flacos de los monstruos: estrellando contra ellos sus naves suicidas... Además, como Madrid está lleno de zanjas, no habría ni que cavar trincheras.

Esa rubia le pregunta al conductor. ¿Se habrá perdido?. Tiene pinta de extranjera, aunque el diálogo parece fluido. Ya viene para acá. Sonríe: algo que le habrá dicho el conductor... Es mayor de lo que parecía: cerca de los cuarenta. Pero sí que parece extranjera: mexicana, quizá... Y aquella tampoco está mal. Bueno, quizá un poco pecosa... La otra se hace la distraída para no ceder el sitio. Y es que aquí quien más quien menos tiene sus propios trucos para no levantarse. Que no engañan a nadie, ni mucho menos; pero consiguen que nos de un poco menos vergüenza quedarnos sentados en ciertas situaciones... Un viejo suplicando el asiento, al que se le rompe el bastón y, víctima de la velocidad, se aferra a la barra del asiento como última esperanza. Una curva un poco cerrada lo traslada a la mitad del autobús y otra al exterior por las puertas recién abiertas. Y nosotros, sentados, le comentamos a nuestro compañero de asiento: “Me parece haber oído algo”. Y es que ya se ha perdido la educación, oiga. Diga usted que sí.

Ya se baja la pecosa. Y no va sola, va con ese chico... Buenas patillas, sí señor. Y se besan en plena escalera... Bueno, lo besa ella a él: ¡mío. mío!. Él se limita a agacharse para recibir el vendaval... Joder con la pecosa. Parecía poca cosa. Poca cosa la pecosa... Tal vez sea esta su oportunidad, la oportunidad que llevaba años esperando. “Mira, yo siempre me he sentido como una mierda. Nunca me hicieron ni puto caso. Maldecían cuando se encontraban conmigo: la puta pecosa. Gorda y vestida con ropas que no usa ni mi abuela... Pero entonces llegaste tú. Y comencé a darte estos besos que, como tú, tampoco conocía. Son nuevos y te los llevarás cuando te vayas. Que te irás, porque sé que no puedo ser tan feliz y durante tanto tiempo. Por eso deja que te bese tanto y perdona que nos miren pero ya nada me importa. Porque quizá si frenara mi pasión tu me querrías más tiempo; pero te irías igual. Y sin llevarte estos besos que te estoy dando”. Parecía poca cosa la pecosa.

Vaya grupito, esas tres... Tienen toda la pinta de ser de uno de esos grupos para la tercera edad. Que lo mismo organizan un viaje a Benidorm que un baile en los salones parroquiales... La verdad es que ahora los ancianos tienen más posibilidades que antes. Y ojalá dure... No es que ya me imagine de viejo; pero me intriga saber con quién estaré, qué haré. Si es que seguirá habiendo comics; si yo habré publicado algo... O la poesía: si tendrá sentido. Cuando todo el mundo parece que cada vez vive más deprisa. Como si no hubiera tiempo que perder... En realidad, “ellos” no quieren que lo haya, porque cuando uno se para a pensar para de gastar, para de consumir; y, por contra, cuando uno no para de consumir, tampoco se para a pensar y no se plantea por qué lee esas revistas, por qué bebe ese maldito líquido; por qué ve esas películas... Acabarán poniéndonos siempre la misma película y no nos daremos cuenta. Eso sí, nos la cobrarán cada vez que la veamos... Pero entonces circularán películas piratas: todas las demás; esas donde las familias no siempre están unidas, donde las parejas lo hacen por pura pasión. Donde los negros viven donde viven los negros y son algo más que blancos de otro color; más graciosos, eso sí, porque bailan y juegan bien al basket. ¡Y cómo se mueven!. ¡Son tan divertidos!. Y los que veamos películas piratas seremos drogadictos: una vez muertos los heroinómanos, los enfermos de sida, los fumadores y los alcohólicos, quedaremos los adictos al western, al cine negro o al viejo musical. “-Lo pillaron viendo 'El tercer hombre'. -¿Qué me dices?. -Sí, y el suelo estaba lleno de películas de esas. Tenía una especie de brillo en la mirada.

¡Y hasta parecía haber llorado!. -¡No me digas!”. Sí, viendo '¡Qué bello es vivir!'. En el final feliz.. O 'Casablanca': cuando le cantan 'La Marsellesa' a los nazis. O cuando Sam le toca 'As time goes by' a un Rick totalmente derrumbado... Lágrimas de cine. Si alguna vez alguien llorara leyendo mis poesías, sentiría la emoción de haber creado realmente algo. Algo capaz de provocar un sentimiento ajeno. Ojalá todo el mundo provocara al menos un sentimiento a lo largo de su vida. “-Jo, si yo lo he provocado: mira como llora. -No, pedazo de bestia, un sentimiento positivo”. Algo que de sentido a una vida que normalmente está llena de insatisfacciones. Hasta llegar a la última insatisfacción: no seguir viviendo... Y además sin saber por qué: por qué terminamos antes casi de empezar. La vida es un largo camino hacia el patíbulo: amanecemos en una celda sabiendo que nos van a fusilar. Sin saber por qué nos condenaron ni cuando se hará cumplir la condena. Pero sabiendo que nos van a fusilar. Por tantas cosas que no hemos hecho.

Un chaval deficiente. Con su padre: una escena muy común. Una carga para toda la vida... Bueno, quizá no tanto: se terminará por aceptarlos como son; por quererlos... Pero, ¿igual que a un niño normal?. Pues imagino que sí, pero de otra manera. Será una relación más primaria, porque estos chavales son más afectivos. Pero se tendrá también la sensación de que nunca crecen, de que siempre estarán a tu cargo...Vaya situación. Si es que, ¡joder!, nadie ha pedido nacer. ¿Lo preguntaron, eh?, ¿lo preguntaron a alguien?. Muchos se lo habrían pensado, desde luego... Como la chica aquella del otro día: la de los patines. Esa cara monstruosa...: de algún accidente, sin duda; pero que le condicionará toda la vida. Sobre todo su relación con los demás, que ya nunca será la misma. Tendrá sus amigos, sin duda, pero que no piense en enamorarse: no la dejaremos. A menos que, como aquella chica de mi instituto, deje que se la metan: “Tiene un buen polvo, tío, basta con no mirarla la cara”. Y aquellas risas. Pero si espera ser una más; si espera que se enamoren de ella lo lleva crudo. Todo lo más, que se la metan. Basta con no mirarle a la cara.

Menuda cola en el Benlliure. Claro: 'La Bella y la Bestia'. Y yo el otro día, cuando fui a ver 'El Ojo Público' fue llegar y coger la entrada... La película: la misma relación que la mía con Carla. Una ayuda que parece solidaria pero que esconde una profunda atracción. Como no puedes enamorarla sólo por lo que eres, intentas conseguirlo con tus obras de arte. ¡Qué absurdo!. Como si tuviera algo que ver. El protagonista de la película llegaba incluso a renunciar a su independencia como fotógrafo, con lo que le había costado mantenerla. Y todo por una remota posibilidad de que ella le correspondiera.

Y esos paseando por plena calzada; ¡en Alcalá nada menos!. ¡Que esto no es tu pueblo!.

SOLO BUS

Sólo yo. Golpe de estado de los peatones. Rebelión contra el régimen establecido del automóvil: “-No nos moveremos de aquí hasta que se reduzca el tráfico. -¡Claro, claro!. Un momento, que voy por el camión...”.

La película... Malditas mujeres, lo que pueden hacer con nosotros. O lo que los hombres hacemos por ellas. ¡Qué estúpidos podemos llegar a ser!. “-Oiga, no generalice. Además, a mí me gustan más los hombres. -Pues, mire, mejor: uno menos”... El protagonista termina con un sentimiento contradictorio: por un lado alcanza reconocimiento y el éxito artístico y por otro lado siente un profundo desengaño y la sensación de haber sido traicionado. Que sin duda le pesa más... Yo también quizá tenga éxito algún día, e incluso sea famoso, y aún así sea infeliz... Y es que cuando uno se siente más solo es cuando depende de una sola cosa y luego la pierde. Es como alimentarse de un único tipo de fruta y que muera el árbol que lo produce. O te aparezca un gusano en la fruta. O peor: que seas tu el gusano. Sí, creo que yo soy el gusano: así me arrastro. Pero estoy dentro. Me arrastro pero al menos estoy dentro de la fruta. Pero entonces

yo mismo la pudro... Sí, la verdad es que es un ejemplo estupendo: sé que lo mejor sería quedarse fuera; pero me meto y la fastidio. Pero porque ella me tienta. La manzana. Nuestra relación es una manzana y yo soy un gusano. Parece una canción... De Siniestro Total.

Sí, me lo tomo a broma, pero allá que me voy. En busca de la fruta prohibida... Vaya con el gusanito, cómo se lo monta. En el fondo me va la marcha. Porque, ¿qué espero?: ¿tranquilidad?. ¿Tranquilidad junto a Carla?. Sí me he enamorado de ella no ha sido por la estabilidad que me podía proporcionar. De hecho odio la estabilidad. La he odiado siempre: es como una jaula. Y yo soy salvaje: no me dejo enclaustrar por cuatro paredes. Soy demasiado salvaje para eso... El gusanito salvaje.

Mira esos dos cómo se agarran por la cintura... De las formas de caminar juntos es la que da más sensación de unidad. Y es que la forma de caminar ya da muchas pistas sobre una pareja: “-No se crea, en cuanto demos vuelta a la esquina, vuelvo a arrastrarla por los pelos”... ¿Y Carla y yo?: pues, después de nuestros primeros escarceos, apenas ha vuelto a haber contacto físico. Nos hemos quedado con el medio metro de separación... Que casi firmaríamos. Casi firmaríamos estar siempre a ese medio metro que arriesgarme y perderla... Que en el fondo tal vez fuera mejor para mí. Pero la vida sin ella me la imagino gris. Y eso que doy por supuesto que encontraría a alguien, pero no quiero llevar un tipo de vida tradicional. Me imagino la típica escena: yo en camiseta, viendo la tele con una cerveza en la mano. Y mi mujer a mi lado planchando con cara de aburrida; con la única ilusión de que le salga bien la comida. Rutina, nada más que rutina.

Desde luego, una cara da muchas pistas. Viendo la de esa chica apostaría a que es extrovertida, romántica; que se ríe mucho; que tiene reacciones inesperadas... Quizá no es tanto su cara sino la forma de mirar: esa forma de mirar al fondo del autobús; donde yo estoy, observándola. Como uno observa una puesta de sol. Y es que el rostro de las mujeres es como un anochecer. “¡Poeta, poeta!”... No, pero es cierto: nunca hay dos rostros iguales, pero sí que muchos nos producen una misma sensación: una sensación tan intensa como breve, pero que en cierta forma se repite otro día. En otro rostro. Y así se va perfilando uno solo que nos acompaña siempre. Pero que pone el listón muy alto cuando llega un rostro de verdad: porque entonces lo recorremos con la vista, igual que si lo fuéramos acariciando, hasta que, invariablemente, nos detenemos en un detalle, en un gesto, que no es tan bello como el de ese modelo que habíamos imaginado. Y aunque tratamos de no darle importancia, cada vez que ella, por ejemplo, se ríe de esa manera o hace ese gesto con la nariz, decimos: “No, no puede ser: no es la mujer de mi vida”. Como nos pasaría con un cuadro que representara el anochecer; incluso el más bello cuadro que jamás se hubiera hecho: no sería más que un simple instante robado a la noche. Y por muy bello que fuera, la propia noche acabaría por mejorarlo. Y nosotros, mientras, admirando el cuadro: un cielo muerto. Pero que, eso sí, nos gusta y nos permite soportar los días nublados. Aunque haga ese gesto con la nariz.

Hummmm: ¡Perritos!. Podría comprarme un perrito. Porque ya verás al final que, como me descuide, ni siquiera cenó. Lo mejor es comprar un bocadillo en la estación; cuando me vea con las maletas preparadas y el billete en la mano. Porque ahora ya son..., a ver allí...: las...

20:52

No, no voy muy sobrado de tiempo. El estómago tendrá que esperar. Sin combustible. Sin gasolina. “-Está usted ya usando la reserva, señor. –Ya lo sé. No me agobie, no me agobie.”

Vaya, qué pena: ya se baja aquí. Tenía algo especial la chica. Aunque estaba inquieta porque yo no le quitaba ojo... Claro, debería acercarme y avisarla: “Tranquila, oye, que soy poeta y no busco más que la inspiración en tus ojos”. No, no sé si eso la tranquilizaría mucho, la verdad. Deberíamos tener un carnet, una credencial. Abrir la solapa del abrigo y enseñarla:

¡poeta!. “-Perdone, ¿puedo ver su chapa?”. Lauren Bacall a Humphrey Bogart. “-Claro, muñeca, le saqué brillo esta mañana sólo para enseñársela. Por cierto, ¿Por qué le mató?. -Porque era aburrido. -Vaya, bueno es saberlo, tendré siempre preparados un par de chistes. ¿Qué le parece este?: me gusta usted. -No está mal, ¿no tiene otro?. -Sí, que tengo que entregarla a la policía. - En fin, está bien, supongo que antes o después alguien tenía que hacerlo. Me alegro de que sea usted. -Pues yo no, muñeca. Se me ocurren un montón de cosas más interesantes que podíamos haber hecho juntos...”

Mírala: camina calle arriba toda decidida. Hasta luego, preciosa... Me pregunto si se notarán las miradas de deseo. Incluso aunque uno no vea al “voyeur”. Se debe sentir como una corriente eléctrica; y cierta sensación de desnudez... O quizá no se nota nada. O sí se nota, pero resulta agradable: “me está mirando: lo siento dentro. Me está mirando como sólo él sabe hacerlo”. Y es que no todos miramos igual: es como otro rasgo más de la persona. “-Oye ¿y cómo es?. -Pues, de estatura normal, no muy fuerte, con cara de despistado. Y cuando me voy, y le doy la espalda, me mira... ¡me mira de una manera!... Como sólo él sabe hacerlo. -Ay, hija, ¡qué suerte tienes!”

Tal vez la chica no se da cuenta de su belleza, del efecto que produce... Como le pasa a Carla tantas veces. Me acuerdo en Villa, cuando se le caía un tirante que dejaba su hombro desnudo; y la forma de subírselo, no demasiado pronto ni demasiado tarde: un gesto inconsciente, pero cargado de sensualidad... Puf, me estoy poniendo cachondo. Y esa anciana lo está notando, porque me mira con el ceño ligeramente fruncido. Oiga, señora, que no soy yo; que ha sido Carla.

O esa forma que tiene de mirarte. Yo ya lo relativizo porque la conozco, pero entiendo que para un profano es dinamita: “pero, ¿no has visto como me miraba?. ¿Qué querías que pensara?”... Y su forma de vestir; que, sin ser provocativa, tiene un atractivo especial. Tanto que no puedes quitarte de la cabeza la idea de abrazarla. Abrazarte a ella y dormirte a su lado; y una vez allí, que ahí te las den todas... La cama. Nosotros no acabamos en la cama: ¡casi empezamos en ella!. Se acostó conmigo porque se sentía atraída por mí. Pero cuando empezó a conocerme, le pareció una locura volver a hacerlo. “-¿No lo entiendes?. Ahora te quiero, así que no puedo acostarme contigo. -Sí, hija, está clarísimo”. Pero lo triste es que en el fondo la entendía. Yo se que puedo ser su mejor amigo; y que vivamos juntos. Pero, si además fuéramos pareja, para ella sería atarse demasiado a una persona. Y lo que siente por mí no es tan fuerte. Cuando a mí, sin embargo, todo me parecería poco. Así que no me quedan muchas alternativas: o salir de su vida o esperar que algún día cambie de opinión; y se entregue a mi en cuerpo y alma. Una vez en cuerpo, y tantas en alma, pero nunca en cuerpo y alma. ¿Por qué?. ¿Qué tendría que hacer para conseguirlo?. “Nada –diría ella, sonriéndome-, no tienes que hacer nada”.

Adivino sus palabras como si la tuviera aquí, a mi lado, hablándome al oído. Así que al menos tengo sus palabras. Aunque su cuerpo no: me está vedado. Así que en el fondo no necesito su presencia... Una muñeca: podía hacer una muñeca con su cara. Y hacer de ventrílocuo: “-¿Sigues con Carla?. -Sí, la tengo aquí. Saluda, Carla. ¡Hola, hola!”. Desde luego, me ahorraría muchas preocupaciones. Y además sería la voz de mi conciencia: “-Voy a tomarme una Coca-Cola. -¡No!, ¡multinacional, multinacional!”. Y al tirarla: “¡Vidrio, reciclable!”. El problema es que en otras cosas Carla es más impredecible... En las importantes, en realidad. Y ahí la muñeca sería menos útil.

A ese tipo lo conozco... Bueno, le conocía cuando vivíamos en el barrio. Hay que ver cómo cambiamos; cómo cambia nuestra imagen. Y cómo duele a veces recordar la que teníamos antes. “-¿Te acuerdas en el colegio el día que te measte encima?. -Claro, tío, he puesto la foto en el salón”. La vida nos va cambiando continuamente pero seguro que hay momentos clave que producen saltos importantes; pasos decisivos que hacen que todo cambie: que yo sea un dibujante desengañado en vez de un empleado de banca. O un yonqui... Se supone que, a

priori, todas las vidas son igual de probables; pero vamos optando sin saberlo y, cuando te quieres dar cuenta, estás con la vida ya hecha. Y lo peor es que lo vivido no te sirve para otra vez. No puedes decir: bueno, ya sé para otra vez que cuando uno tiene catorce años... Es un fallo, eso. Debería estar organizado de otra forma: poder pasar por las mismas cosas; tropezar otra vez en la misma piedra. O tener la posibilidad de darle una patada: “¡Hola, soy Carla!. - ¡Toma!”. Y a tomar por culo la dichosa piedra.

Ya estamos, es la siguiente. Mejor irse levantando. A ver si esta me deja salir... Sí, ya se ha dado cuenta. ¿Ya han dado al botón?. Sí, le ha dado ese anciano... ¿Qué hora será? A ver, ahí, en el cartel:

EN VITROCERAMI

Todavía me toca aguantar el rollo entero...

CAS Y FRIGORIF

La hora, la hora..

ICOS 21:00

Bueno, pues no es muy tarde. Al final me da tiempo a despedirme de Ventas con cierta tranquilidad. Con suavidad. Como si la acariciara. “Acaricié la plaza al irme. Cada rincón. Como si fuera la primera vez”. Además está guapa, ahora que me voy... Parece que los ambientes boyantes me rechazan. “Especialista en sordideces”. Sordidecista. “¿Quiere oscurecer su vida?. Llame a su sordidecista”.

Un contenedor. También aquí están de obras... La gente es que lo tira todo. Lo primero que pille. “-¿También el abuelo, mami?. -No, Luisito, que aún tiene el piso a su nombre”... Pues esos muebles aún se podrían aprovechar. Sí, pero no yo. Aunque sigo conservando el instinto de recoger trastos por la calle. Y es que teníamos la casa llena de muebles viejos. “-Pero tienen historia -me decía ella-. Piensa todo lo que podrían contar cada uno de estos muebles si hablaran, si nos pudieran explicar quién les poseía, por qué les tiraron... -Hombre -respondía yo mirando un armario destartado-, en algunos casos está muy claro...”.

La otra parada: la que lleva al centro... Aquella tarde de otoño, lloviendo, apretándonos bajo un viejo paraguas porque la marquesina ya estaba llena de gente... Lo que debería haber sido un momento de incomodidad es uno de mis mejores recuerdos con Carla. Por la magia de ese momento, por la intimidad que teníamos allí, bajo el aguacero... Y es que, por mucho que nos devanamos los sesos por crear momentos así, lo que importa es lo que sucede de forma espontánea, lo que no está preparado... Pero, ¡ah, amigo!, ese es otro tema. Yo, que la conozco tan bien, he preparado muchísimas situaciones al detalle, para que nada fallara.. Un poco de luz tenue, un buen disco... Como si los momentos mágicos tuvieran receta Y no, no la tienen. hace falta algo más: la chispa; esa que otros consiguen que salte casi sin esfuerzo: “¿Qué quieres?, ¿ligarte a esa?. ¡Pero si es muy fácil!. Espera. mira...”. No es que sea así, pero casi. Lo peor es cuando has creado un clima favorable pero es otro el que lo aprovecha. Como si escribieras un papel precioso para una película y luego lo interpretara otro... O peor, interpreta sólo las escenas de sexo. Doble de sexo. Tengo un doble para las escenas de sexo. Porque todo lo demás lo interpreto yo: los problemas, las palabras de ánimo, los favores... Pero cuando viene lo bueno: “¡Que venga el doble!”.

Mira esos. Una manada de turistas haciéndose la foto. Con la estatua del Yiyo. Que parece querer escapar, pero el bronce no le deja... Seguro que hacen sólo un par de fotos y se

suben de nuevo al autocar: en busca de otro rincón de interés turístico. Coleccionando estampitas... Cuando se perfeccione un poco más la informática no hará falta viajar: bastará trucar las imágenes para que aparezcamos saludando delante los grandes monumentos del mundo. Y sin tener que aguantar los viajes en autocar. Luego a estos les preguntarán: “-Y, oye, ¿cómo son los españoles? -¿Españoles?, ¿cuáles eran esos?”. Y dirá otro: “-Sí, hombre, sí: los del lunes y el martes por la mañana. -¡Ah, sí!. ¡Ole, ole!”.

¿Por qué me he acordado?: ah, sí, la parada... Me acuerdo de ella en todas partes. Claro, es que nos hemos pateado Madrid juntos. Y este barrio no te digo. Por eso tantos rincones y situaciones me recuerdan a ella. Incluso algunas horas del día: como cuando iba a la auto-escuela. O a aquellas clases de música... Eran todos los jueves, de cinco a siete; así que cuando quería iba a buscarla, todo ilusionado por la idea de sorprenderla. Pero a veces me encontraba con que no era el único. “¡Hola!, ¿pasa algo?”, me preguntaba dulcemente; y yo sin nada que responder. Y a nuestro lado cualquiera de esos tipos, que siempre pensé que dónde los conocería: “Mira, este es Johan”. Siempre ha tenido un sexto sentido para detectar excéntricos. “Hace la carta astral, ¿sabes?”. “Qué pasa, tío. Eres Géminis, ¿verdad?” y me estrechaba la mano en plan colega, con ese gesto de ir a echar un pulso... Y eso parecía, que estábamos echando un pulso para ver quién atrapaba la atención de Carla. Y yo tenía todas las de perder, claro, con esta forma de vestir que tengo, que no me dejarían entrar en ningún sitio alternativo... Y es que si yo tenía algo de especial, Carla ya lo conocía, mientras que él era como un cofre que aún estaba por abrir. Así que en esta película siempre me ha tocado el papel de secundario. Y me sigue tocando, claro. Ahora, sin ir más lejos, allá voy, a rodar una nueva película. En la costa: “Movida en Villa”. “Movidilla en Villa”. ¡Joder, ya está bien!. La verdad es que debería irme, pero irme de verdad; para siempre. ¡Tengo las maletas hechas!; así que ¡es la oportunidad! . Pero, ¿a dónde?. ¡Dónde sea, es lo de menos!. Algún sitio donde pueda empezar de nuevo... ¡Esteban!, ¡San Sebastián!. ¡Es verdad!: siempre me lo ha ofrecido. Y no me hará demasiadas preguntas... ¿Y el trabajo?. Bueno, algo encontraré, aunque sólo sea para poder pagarle parte del alquiler. Al menos hasta que encuentre algo más estable y me pueda mudar. El siempre me lo ha dicho: “aquí siempre tendrás casa. Y lo del trabajo ya lo apañaríamos”. Pero la verdad es que nunca he considerado seriamente la posibilidad de aceptar la oferta. Le he dicho que sí, que me lo pensaría, pero en el fondo no me imaginaba alejándome de Carla... Ahora es diferente: ahora necesito una alternativa real, algo a lo que poder aferrarme. ¿Y tengo la dirección?. Sí, está en casa. Bien, esto puede ser el principio del cambio.

Esos dos viejos en el poyete: se han sentado en el que rodea al árbol más hecho polvo. Parece un símbolo: como si se lo hubieran asignado. “A ustedes, por su estado, les toca esperar allí sentados, en aquel árbol sin hojas”. Y sin embargo esa rubia no tiene árbol. Ninguno es adecuado para ella y por eso anda de un lado para otro. Debe de estar esperando a alguien... Yo nunca haría esperar a una mujer así: nunca haría esperar a Carla. Sería como ver una película empezada. O escuchar un disco a partir de la segunda canción. Prefiero ser yo el que espere. Aunque ella se retrase y los minutos se hagan tan largos... Ojalá el tiempo se pudiera manejar con un mando a distancia: como un video. “Bah, este fin de semana lo voy a pasar, que parece que va a ser aburrido”. No sé cuánto tendré que avanzar para verla de nuevo. Sobre todo si me voy a San Sebastián... Una ciudad maravillosa: quizá uno de los pocos lugares donde pueda olvidar Villa. Si es que no es al revés: si es que no me la recuerda. A Villa y a la propia Carla. Pero seguro que conozco a alguien que haga que me olvide de ella: aquello de que un clavo saca otro clavo. Por cierto, que no sé si Esteban tendrá allí su apaño; y llego yo a interrumpir...: “Esto..., hola, Esteban”. Y él ahí: “-Sigue, cariño, ¡sigue!, ¡¡sigue!!”. Resultaría un poco incómodo. Puedo intentar llamarle a medio camino... Y, si no, siempre puedo quedarme unos días en un hotel. Además, un hotel en San Sebastián debe ser un ambiente muy literario: a lo mejor hasta conseguía escribir algo decente.

La calle Alcalá: me voy ahora que empieza a subir de nivel; con todos estos edificios que están levantando... Antes este era el trozo pobre de la calle: pagando sólo setenta mil al mes de alquiler uno podía decir que vivía junto a Alcalá. Ahora habrá que irse a Canillejas para encontrar algo asequible, porque esta parte se va a poner imposible. Mucho edificio de oficinas, mucho dinero que cambia de mano. Y se notará en todos los precios de la zona. Como si fuera una enfermedad contagiosa. Una infección. Inflación. La infección de la inflación.

Y el Puente: perderá su tradicional olor a meado. El Capital va a llegar a la plaza y sus siervos le arreglan las habitaciones: espantan a los mendigos y echan azufre en las meadas... Así que un ladrillo meado se va a convertir en una reliquia. Como los del Muro de Berlín. “Este ladrillo, hijo, me lo mearon antes de que pusieran los bancos y el hotel. Ya es imposible conseguir uno así”. Me dan ganas de mear yo también. Así, además del alivio, contribuyo a la tradición del puente.

Aunque ya casi estoy en casa... Vaya, me he dejado el toldo bajado... ¡Menos mal que no ha llovido!. En fin, ya a partir de mañana será la vecina la que se encargue de vigilar la casa y regar las macetas... “¿Se va usted, entonces?”. Con “esa”, ¿verdad?, añade con la mirada. Usted a lo suyo, señora, que ya tiene donde entretenerse. Ya sabré yo que hacer con Carla... ¿Sí?, ¿lo sé?. Pues, no del todo. En realidad voy haciendo lo que puedo en cada momento... ¿Y ahora?: ahora se acabó. ¡Al Norte!; a olvidarla definitivamente... Sí, ojalá fuera tan fácil como decirlo. Me atrae demasiado... Campo magnético: tengo que romper su campo magnético. O, si no, que otra mujer me ayude a romperlo. Pero eso sí, sin que ella esté por ahí revoloteando: “¡Hola, soy su compañera de piso!”. Y acompañe la frase echándome una mirada de complicidad; que rompa en añicos la posible relación. Con su atracción planetaria.

Está rojo... ¡Qué rápido baja el 21!. Es la nueva calle, porque antes era como un embudo. Una especie de filtro para el Parque de las Avenidas. Ahora ese selecto barrio permite que se le confunda con nosotros. Supongo que porque no hay confusión posible... Y es que estas casas son como un islote. En tierra de nadie. Entre manzanas de un cierto nivel y vertederos de gitanos. Aunque, eso sí, desde pocos sitios se puede ver una mezquita codo con codo con un gran edificio de oficinas. Es el Capital, que se muestra en las formas más insospechadas: lo mismo se viste de mármol para honrar la religión; que se viste de sí mismo: sin excusas. Sin necesidad de un Dios o un Rey que justifique el derroche, sino como un simple homenaje a sí mismo... A partir de ahora los monumentos ya no buscarán superar la belleza de los otros sino su coste. Como las torres de KIO. Dejarlas a medias sería un acierto: sería el símbolo del quiero y no puedo. Y eso ya las haría famosas. Como la torre Inclinada de Pisa. Sólo que estas serían las Inacabadas. Las Inacabadas Torres de Madrid.

Verde. Lo que sí han dejado es demasiados semáforos. Sobre todo para los peatones, que apenas hay tiempo para pasar... Claro, eso me pasa por ser peatón. Un pringao. En vez del muñequito verde, tendrían que poner un letrero luminoso: “Anda, pasa, pringao”. Y el intermitente: “¡Pero mueve el culo!”. Y finalmente el rojo. “¡Lo siento, se te acabó el chollo!”.

Las dos ancianitas, como siempre, hablando de sus cosas. De las suyas y de las de los demás... A Carla le gustaba hablar con ellas. Preguntarles cosas: “¿Y dónde puedo comprar tal y tal?”. Y la vieja se le subía a la tarima. “Eso, querida, no lo vas a encontrar por aquí. Pero yo conozco un sitio en nosédonde...”. Después, eso sí, de mirarnos de arriba a abajo y revisar nuestro horario-relación-modo de vida-estilo de vestir. “Eres muy mona, ¿sabes?. -Gracias, señora. -Lástima que no te cuides un poco. No te faltarían propuestas de matrimonio. -No, si propuestas no me faltan –respondía ella mirándome-, pero no de esas, ¿verdad?”. Y yo, por toda respuesta, esbozaba una sonrisa de circunstancias que daba por zanjada la conversación.

Se estaba bien en el parquecillo... A veces incluso bajábamos en ropa de casa. Cuando hacía calor o el trabajo nos había encerrado demasiado entre las cuatro paredes... Nos llevábamos la manta, para echárnosla encima si hacía frío. Así que aquello era como hacer vivac

en un campamento: esa misma sensación mezcla de libertad y estar haciendo el imbécil... Pero todo depende con quién lo hagas. Cosas que nunca pensaste que harías, que incluso te negabas a hacer; las haces con ella e incluso disfrutas. Da igual que sea ir a comprar pinturas al otro lado de la ciudad; que asistir a una exposición de arte moderno; que no entienda ni el autor: “sí, eso simboliza la opresión del capitalista. ¿O era la masturbación de una proletaria?. Espere, que voy a consultar mis notas...”

La última vez que uso esta llave. Es bonita; tiene una forma caprichosa. Como muy accidentada... Es curioso que perciba la belleza en tantas cosas: incluso en una llave. O quizá es un poco patológico: incapacidad de relajarse. De desconectar, de desprogramarse. Poner la carta de ajuste. Cara de ajuste. “Y se le puso esa cara de ajuste, ya sabes, así que supe que ya no merecía la pena seguirle contándole nada”.

Y también la última vez que abriré el buzón... Propaganda, siempre propaganda. Y, si no, cartas del banco. Por eso uno se ilusiona cuando ve un sobre escrito a mano. Y, si además es su letra, para qué queremos más. Aunque ella me ha escrito pocas veces. Bueno, en realidad, lo que ha hecho es mandarme pocas cartas porque, estando juntos, lo que es escribir me escribía mucho... Cuando estaba lejos no se preocupaba de mandarme ni una postal; pero estando los dos en casa me escribía muchas veces: todo aquello que le costaba trabajo decirme en persona me lo escribía. Era como estar viviendo con una muda... Si le hiciera ahora el amor seguro que lo haría escribiendo en un papel: “¡Oh, oh...!”. Gemidos escritos. “-¿Qué tal con él anoche? - Joder, tía, ¡qué noche!: estuvimos haciéndolo ¡hasta gastar un boli entero!”

No está el ascensor. A esperar... Cuántas veces he subido andando cuando bajaba el ascensor: por no encontrarme a nadie. Y así evitar esas típicas conversaciones intrascendentes: “-Parece que va a llover. -No creo, esas nubes no son de agua”. Me agarra por las solapas: “¡¿Cómo que no va a llover?!, ¡cuando yo digo que va a llover es que va a llover!”. Y me da un cabezazo. “¡Y que le sirva de lección!”. Y me quedo ahí tirado en el ascensor. Lo llaman: vuelve a la planta baja. Y aparece un perrito faldero; que empieza a olisquearme. Intenta usarme de inodoro; así que le doy una patada. “¿Qué le hace a mi Fifi?” Paraguazos. Y me echa del ascensor. Con la vecina: “-Con lo educado que parecía. Desde luego, una nunca sabe con quién comparte la casa. -Y que lo diga”... Por eso es mejor subir andando; pero, bueno, como es la última vez... Y también la última vez que entro en la casa. Podría aprovechar y abrirla de un empujón, ya que nadie lo ha hecho en este tiempo. En eso hemos tenido suerte. Carla decía: “es mejor tener una puerta normal, las blindadas te convierten en alguien de otra clase: no debemos tener tantas cosas que tengamos que poner cuatro cerrojos”. Es verdad, es mejor levantarse y encontrarse a los ladrones a los pies de tu cama: “Buenaas. ¿permite su reloj?”

Las marcas de las fotos: bah, podría haberlas dejado puestas; porque no creo que vaya a usarlas de nuevo. Están muy desgastadas; y ya las tengo muy vistas. Además, hubiera sido como dejar un trozo de mí para que lo encontrara el nuevo inquilino. Que vete a saber cómo será... Pero bueno, sea como sea, a lo mejor le hubiera resultado emocionante descubrir cómo soy a base de pequeñas pistas... O tal vez le importe un carajo; que es lo más probable. “Quién será el imbécil que vivía aquí, que me ha dejado la pared llena de fotos”. Pues él se lo perderá; porque todas esas fotos dicen mucho de mí. Hablan de mi personalidad; lo suficiente para que alguien se pudiera enamorar de mi sin más que verlas... Igual que uno se puede enamorar de alguien sin más que ver un gesto suyo. “Oye, perdona, ¿podrías retocarte el pelo otra vez?. Es que, bueno, no me he fijado muy bien, pero creo que te quiero”. Así que, ¿por qué no por las fotos?. “-Hum, esta tía debía tener mucha personalidad. Voy a pedirle al casero su dirección. -¡Eh, qué soy un tío!. -No importa, yo no tengo prejuicios”. Pero yo sí. “-¿Si?!. -No, tranquila, Carla. Quiero decir que prejuicios no tengo, pero tampoco me gustan los tíos. -¡Ah, bueno!”

Venga, voy a poner alguna... ¿Dónde las puse?. En la caja, creo. Sí, estaban en la caja... Madre mía, la de recuerdos que tiene esa cajita. Y sobre todo de ella.... Así cómo me la voy a

quitar de la cabeza. Es imposible. Es como un virus... Pero tengo que buscar el remedio. Hacer que desaparezca de mi vida. “-¿La mato, jefe?”... Ojalá pudiera hacer ¡chas!, y que ella no hubiera existido. Pero ha existido; ya lo creo que ha existido: me conoció y empezó a extenderse por mi vida. Como un manto que lo va cubriendo todo.

¿En qué maleta he puesto la caja?... ¡Qué más da!: lo que debería hacer es quemarla de una vez. Quemar todos los recuerdos en una buena hoguera... Como en el Quijote. Aunque seguro que yo también volveré a pelearme con los molinos. A buscar el camino más difícil. “¡No, hombre!, yo voy por aquí, que hay más cuestecita”... Y es que, cuando termino de bajar una montaña, ya estoy pensando en subir otra. Alpinismo amoroso... Se busca amor horizontal: sin orografía. Pero no, no hay manera: siempre acabo en la montaña. Supongo que soy un aventurero. O, más bien, que no me queda alternativa; así que tengo que apostar por lo que tengo. Y apuesto siempre doble o nada, triple o nada... Como ese chiste: “-Dios mío, haz que me toque la primitiva. -Pero, hijo mío, compra el boleto”. Porque yo sí, yo llevo toda la vida comprando boletos; pero boletos que no tocan. El más caro lo compré en la playa, en la playa de Villa; y aquí sigo todavía esperando el premio.

Aquí está la caja. A ver que hay por aquí... Mira, dibujos suyos. Bueno, son sólo bocetos... Este es un retrato mío. Si es que se le puede llamar retrato... Mi madre tendría problemas para reconocermé. “-Hijo mío, ¿qué comes en Madrid?. -Tranquila, mamá, es el dibujo”. Y es que Carla me usaba como modelo cada dos por tres: cuando estaba más descuidado, me miraba de pronto con una mirada cómplice y empezaba a dibujar unos trazos... Eso sí, escondiéndolo para que yo no lo viera... Después, al rato, se levantaba y se agachaba a mis pies para enseñarme el resultado. Y escuchar mis críticas: “Llevas razón”. O celebrar que lo había comprendido: “eso es, eso es”. Y entonces se le iluminaba la sonrisa y se decidía a terminarlo. Para nuestra colección personal. Nuestra propia galería... ¡Qué peligro tienen estos dibujos!: como si estuvieran dibujados con nitroglicerina. Nitroglicerina emocional. “-Voy a dibujar. -¡El casco, el casco!”.

No sé por qué abro tanto esta caja, la verdad. Porque, ¿qué puedo encontrar aquí?. Nada... Bueno, está esa especie de aroma que desprenden sus dibujos. Su esencia: extracto de Carla. Unas gotas perfuman; pero, eso sí, en grandes cantidades te marea. Tu tienes sed y ella ¡te ofrece un perfume!. Puedes olerlo siempre que quieras; pero eso no impedirá que sigas en ayunas. “Se murió de hambre, pero eso sí: ¡olía más bien!”

Pero es cierto que al ver su letra siempre siento algo especial. Y al ver esta firma. No es la que tiene en el carnet, claro. Si firmara así en un banco... Pues nada, el cajero sonreiría al mirarla y ejecutaría encantado la gestión. Comiéndosela con los ojos; admirando su femineidad... Pero, ¡cuidado!, femineidad feminista: “mi cuerpo es mío, pero aquí lo tienes: admíralo, engánchate, atrévete a alguna caricia inocente y fraterna. Pero, ¡eh!, no llegues más allá que atentarás contra mi dignidad de mujer. Te tomarás libertades que yo no te he dado. Ni insinuado. ¿Qué te has creído?”.

Esta foto... Siempre que quiero acordarme de Carla, cierro los ojos y trato de acordarme primero de esta foto... Y es que parece increíble que a veces me pueda olvidar de su cara. Me paso la vida pensando en ella y, de pronto, ¡me olvido de su cara!. Tal vez sea una autodefensa: nuestro subconsciente, que intenta censurar las imágenes que nos afectan para que no nos hagan daño. Imagen censurada. “Quedan prohibidas todas aquellas imágenes que puedan producir alteraciones de tipo sentimental”.

De todas formas, esta foto dice mucho: la provocación de la confianza. “Eres como un hermano, y sé que me respetas porque me quieres”. Pues no, hija. Te respeto porque hay una barrera que soy demasiado cobarde para romper. Que si no te ibas a enterar lo que es el amor fraterno. “-Carlaaa, hoy es el día del amor frateernoooo. -Ya, pero... ¿por qué me miras de esa manera?”

Dichosa foto: a veces me dan ganas de romperla en mil pedazos. Aunque signifique tanto para mí...¿Significar?. ¡Pero si no es más que un trozo de papel!. Un objeto muerto, que habría que enterrar sin tanta ceremonia... Funeral por un recuerdo. Hum, sería un gran título para una canción: “Funeral por tu recuerdo”: “celebro cada noche; un funeral por tu recuerdo”. Hum, el primero queda un poco corto. Celebro cada nochecita. No, así queda horrible... “Celebro cadita noche”. ¿Cadita?: ¿estará eso en el diccionario?. Vete a saber. Pero, bueno, los poetas tenemos carta blanca para inventar palabras... “Celebro cadita noche/ un funeral por tu recuerdo”. Pero no se muere. No quiere. “No quiere morir”. Muy corto. Pero no quiere morir...se. “Pero no quiere morirse”. De lo vivo que está. De lo vivo que lo tengo. “Celebro cadita noche/ un funeral por tu recuerdo/ pero no quiere morirse/ de lo vivo que lo tengo”. ¡Ole!. Casi ná.

Los recuerdos: son como pequeñas películas de nuestra vida que nos pasamos a nosotros mismos. Como una especie de NO-DO. Auto-NO-DO... No son buenas películas, porque al final nos decantamos demasiado por el rosa o por el negro. Sin matices. Aunque, bueno, ya se sabe que son películas de bajo presupuesto... Y, además, es difícil que el guión nos sorprenda, que para algo es nuestra vida. Por eso son mejores los sueños: soñar es gratis; y las historias son increíbles... Siempre me he preguntado de dónde sale esa cantidad de imágenes, ya que, aunque se supone que surgen de nuestro inconsciente, uno en realidad participa como espectador... Ojalá se pudieran grabar; aunque viéndolo tranquilamente en el sofá sería más duro que un buen sueño se cortara a la mitad. Y es que a veces te despiertas cuando estás en lo más emocionante; cuando aparece en el sueño algo que tanto deseas en la vida real. Y entonces sí que duele despertarse... Cuando duelen los sueños. Oye, esto suena también muy bien. Quizá podría ser un buen primer verso... Voy a apuntarlo. A ver... Aquí mismo, por el otro lado.

Cuando duelen los sueños

Bueno, en realidad no duelen. Lo que duele es despertarse y comprobar que todo ha sido un sueño y que la realidad es muy diferente... Esa diferencia es la que duele y, cuanto mayor sea la separación de la realidad, más dolor. Como si el sueño tirara de nosotros para ver hasta donde podemos aguantar. Estiramientos. Estiramientos oníricos... Por eso a veces nos despertamos baldados. Como si tuviéramos agujetas... “A ver si dejo de soñar contigo, bonita, que ya no puedo mover un músculo”.

La flor seca: la cogimos en la Fuente del Berro; un día de primavera. “-Mira, ¿te gusta? -Huy, sí, pero ¿no es una pena arrancarla?. -Vale, si quieres, podemos venir a verla todos los días”. Y, ante mi frase irónica, ese gesto suyo de sacudir la cabeza sonriendo: “Eres un caso”... Y con la flor seca una nota. Con su letra: “Con nadie me siento más yo misma que contigo. No dejes que tu flor (la nuestra) se marchite. Eres de una especie que debería estar protegida”. Sí, protegida; pero protegida de ti... Mi respuesta, algo así: “Tú eres el abono que necesito. Sin ti no soy más que tierra”. Y así, podríamos seguir toda la vida... Botánica amorosa: “-Te quiero aunque seas un poco ficus. -Y yo aunque seas un cardo. Y un poquito capullo”.

Sí, intento ridiculizarlo, pero no puedo engañarme... Y menos engañarla a ella. Ha sido mucho lo que hemos pasado juntos: demasiado para cortarlo así de pronto. “¿Que te vas a vivir a San Sebastián?. ¿Ahora?. ¿Y sin trabajo?”. Y la temida pregunta: “Pero, ¿por qué?”. Y no sabría qué decir... El problema es que hemos echado demasiadas raíces. Y aunque el árbol no dé fruto, sí que es fuerte como un roble. Desde luego, si llego a saber al principio en lo que me estaba metiendo... “¡Ah!. ¿Es que no había leído usted la letra pequeña?. -¿Qué letra pequeña?. -Esa donde dice: el abajo firmante se compromete a seguir hasta el final, con independencia de la relación que mantenga con la parte contraria. -¡Pero eso no lo ponía!. -Sí, si lo ponía y usted lo firmó. Mire, mire, esta es su firma”.

¿Y esto qué es?. Es mi letra... Ah, son cartas. Cartas que escribí pero que al final no le envíe. Esta es del 14 de enero: “La tensión nunca se había manifestado de esta forma”. Puf, sí que estaba realmente hecho polvo ese día... “Pero ¿qué puedo hacer ya?. Si hoy tuviera que cambiarlo todo por la seguridad de una relación quizá no lo dudaría”. Pues no lo sé, tal vez. “Tengo que moverme: ¿hacia atrás o hacia adelante?. No lo sé, pero equivocarse puede ser fatal. La prevención no parece garantizar una vida estable. La valentía menos aún: es jugárselo todo a una carta poniendo demasiado dinero sobre la mesa.”. La historia de siempre. Es un ciclo de altibajos y aquí tocaba caer... Esta es del 7 de enero, una semana antes: “pesan las palabras cuando no son naturales, cuando quieren hilar pensamientos maravillosos y frases sorprendentes y no tienen más a mano que la simple realidad”. A ver qué más... “Me apetecen naranjas y vivo en un manzano (en la tuya salió un gusano derribador de muros cotidianos). Supongo que es como una versión alternativa de la ley de Murphy”. A ver... “Todavía vivo, pero entiendo menos lo que vivo. Escribo fríamente palabras significativas. Quito el polvo al 'TE QUIERO' que a veces pronuncio al aire, sin tus oídos que lo escuchen ni tu corazón para grabarlo. Almaceno besos que espero aún no caducos, peces de mar criados en un río demasiado largo”.

Ya no me acordaba de esta carta. Está llena de ternura hacia Carla... Es increíble. En una sola semana paso de la ternura a la desesperación... No tiene sentido. Tengo que acabar con esto de una vez por todas... Lo siento por Carla. Es cierto que para ella es injusto: nunca ha ocultado las reglas del juego. Aunque sean absurdas: “Cuando el jugador tire a puerta, él mismo debe correr e impedir que el gol se produzca”. Correr para parar... Pero ella no se da cuenta de la contradicción: piensa que nuestra relación es perfecta. Así que no lo podrá entender... Pues que no lo entienda, que le vamos a hacer. Lo que está en juego es más importante: mi propia felicidad. Un cambio de rumbo en mi vida... Volver a empezar. Como la película. “And the winner is... ¡VOL-VÉ A EMPESÁ!”.

Lo menos que podría hacer es llamarla. Aunque es absurdo: con las ganas que tengo de llamarla, como para pensar en dejarla... “No quiero volver a verte en la vida, ¿me oyes?. ¡Eh!, ¿dónde vas?. ¡No me dejes así!, ¿No quieres escuchar los motivos?. ¡Espera!, ¡Carlaaa!” No, no funcionará. Tengo que acostumbrarme a su ausencia; a que no esté cuando la necesite. Además, ella dijo que me llamaría antes de que saliera. Pero son cosas que se dicen... Apuntándola con una pistola: “No, no, ¡dijiste que ibas a llamar tu!”... ¡Venga, voy a llamar!: ...dos, siete, dos y cinco: a ver a ver...

AQUÍ CARLA. AHORA MISMO NO ESTOY. SI QUIERES...

¡No está!. Pues me voy a tener que ir enseguida... Si acaso, puedo llamarla desde la estación. ¿Y si no está?. ¡Pues mala suerte!... Es que no aprendo: si no hubiera pensado en llamarla ahora estaría tan tranquilo. Pero una vez que lo he pensado, no descansaré hasta que de con ella... Como si me hubieran dado la posibilidad de hablar con ella y no quisiera desperdiciarla. Un vale. “Vale por hablar con Carla”.

Mira, el viejo faro. Costaba veinte duros en los puestos del paseo marítimo... “Tu siempre serás mi faro. No te preocupes si navego, si a veces no me ves en el horizonte. Siempre volveré, guiada por tu luz”. Y, claro, yo aquí ancladito mientras ella estaba a la deriva... Más de una vez llegaba por sorpresa cualquier día; y el que se llevaba la sorpresa era yo. Subía las escaleras y, de pronto, escuchaba sus risas. Incluso podía verla por una rendija asomarse medio desnuda a la terraza. Y entonces veía cómo se acercaba él; quienquiera que fuese. Veía cómo la tomaba y la besaba con fuerza. Y yo me quedaba ahí parado, como un idiota... Y, encima, a la mañana siguiente me encontraba con él, como si estuviera en su casa... ¡Hasta desayunábamos juntos!. Y, claro, sin que yo pudiera evitar hacer comparaciones: pero qué verá en este tío, por Dios. Qué es lo que tiene que yo no tengo. Qué es ese poquito que me falta para que ella me

deseo de esa manera... Pues falta el ingrediente secreto. Como ese toque que distingue a los grandes cocineros, que parece que usan los mismos ingredientes que nosotros pero que los platos nunca les quedan igual. Y yo para Carla no soy un plato de gourmet: tengo mucho alimento pero parece que me falta sabor...

Voy a intentarlo de nuevo. Redial. A ver...

AQUÍ CARLA...

Nada, joder... Bueno, tranquilízate, que no es para tanto. Una cosa es que quiera hablar con ella y otra que me obsesione de esta manera... “Te tiene cogido por los huevos, chaval”. No, es otra cosa. Por los sentidos, me tiene cogido por los sentidos. “Pues no será el del tacto, ja, ja”. Qué gracioso... Pero es cierto; es algo intangible. Como un sexto sentido. Como si yo hubiera encontrado una fórmula maravillosa; que no me dará de comer; que no me dará dinero. Pero no puedo pasar por alto semejante descubrimiento... Aunque algo falla. Hay un fallo en la investigación; algún razonamiento que no encaja... Y por eso me paso los días y las noches trabajando en ese punto. En ese eslabón de la cadena. El eslabón perdido; sin el cuál nada tiene sentido. Y tal vez nunca pueda arreglar ese eslabón... Pero miro la cadena rota y pienso: si funcionara, todo sería perfecto. Y por eso sigo. Encadenado... Encadenado a una cadena rota.

21:15

¡Se ha hecho tarde!. Tengo que salir pitando... Ya está hecha la maleta: sólo falta marcharse. Aunque yo iba a hacer algo... ¿Qué era?. Fue la maleta, la caja... ¡Ah, sí, poner las fotos!. Bueno, en realidad es una tontería: ¡Dios sabe quién vendrá!. Al menos, espero que tenga más suerte que yo... Desde luego, nunca me olvidaré de esta casa. Un piso de lo más normal, pero la de cosas que he vivido entre estas cuatro paredes. Y en tan poco tiempo. Quizá la despedida merecería un poco más de ceremonia. Con unas palabras mías de agradecimiento. Y también de Carla. Explicando lo doloroso del caso, lo difícil que va a ser su vida sin mi; que me fui sin dar ninguna explicación. ¡Pero es que es tan peligroso llamarla!. Aparte de que ya casi no me va a dar tiempo... ¿Qué podría hacer si no?... ¡Una carta!. Eso es; lo mejor que puedo hacer es escribirle una carta. Así, aunque me arrepienta, la carta ya estará echada... Además, decirselo en persona sería ir sólo para eso. Y una vez allí, seguro que no volvía.

¿Y es lo que quiero?. Claro que sí, hombre. Tienes que aprovechar este arranque que has tenido para poner tierra de por medio... Es cierto que hay riesgo: es cambiar la vida que llevo por otra mucho más tranquila. Y con ello desaparecerá esta tensión pero mi vida será mucho menos intensa. No sé si compensa... Sí, hombre, sí; hay que arriesgarse y dejarlo. El médico: “Hay que cortar esa dependencia, hombre”; palmadita en mi hombro con una amplia sonrisa... Como dejar de fumar. Pero yo también necesito unos caramelos mentolados. ¿Quién me los podría dar?... Rosa, quizá. Pero son caramelos sin mucho sabor. Bueno, sí que lo tienen; pero resulta demasiado conocido. “El caso es que no están mal, pero, ¿dice que tiene otros?”. Sin embargo con Carla, no dudo en llevarme todos los que tengan. “-Pero, ¿se los va a comer todos?. -No, pero no quiero que alguien venga después y se los lleve”. Ni como ni deo comer.

Podría llamar: cumplir su palabra, aunque sólo fuera por esta vez. “Bueno, pero sin que sirva de precedente, ¿eh?”... ¿Cómo podría hacer que sonara el teléfono?. Se le ve tan muerto... Como si estuviera en coma y yo lo estuviera velando; esperando su más mínima reacción: un parpadeo, el leve movimiento de un dedo. Pero no, nada, no reacciona. ¡Anda, prueba otra vez!. Redial; vamos, vamos:

AQUÍ CARLA...

¡Nada, joder!. Puede estar fuera toda la tarde, ¡o toda la noche!. Porque en teoría, claro, yo no llego hasta la madrugada... ¿Con quién estará?. Pues vete a saber, ¿qué más te da?. Si no hubieras llamado no hubieras sabido si estaba o no. Si es que llamo casi cada minuto. Tengo que dejar que pase más tiempo; que le dé para volver... ¿Volver?. ¡Si el que tiene que irse pero ya soy yo!

¿Las luces?: las demás están apagadas... ¿El gas?: ya lo quité antes... Vale, vámonos. ¿Y este papel?

CUANDO DUELEN LOS SUEÑOS.

Sí, es verdad: cuando duelen los sueños. ¿Qué más?... La noche. Cuando duele pasar del sueño al despertar; volver a la dura realidad. Arrancar la mañana a la noche... Cuando duele a la noche arrancar la mañana... Eso. Pongo.

Cuando duele a la noche arrancar la mañana

Pues venga, vámonos que es tarde... Joder, sí que pesa la maleta... A ver, el agua, la luz, las ventanas... Sí que está todo. Pues hala, allá vamos.

Esta el ascensor todavía. Pues venga, para abajo... La verdad es que apenas me he despedido de los vecinos. Aunque tampoco es que haya hecho muchas migas con ellos. “¿Tendría un poco de azúcar?”. Yo nunca he hecho esas cosas... Aunque, claro, no podía evitar que ellos nos las hicieran a nosotros. Y que Carla les diera juego: “¿No quiere pasar un momento?”. Y entonces tener que escuchar la historia de los suspensos de su hijo. O de la enfermedad del perro. Y yo, mientras, mirando el reloj de reojo... A Carla no le importaba, claro: siempre piensa que hay tiempo para todo... Y, de hecho, ella tiene mucho tiempo libre. Es la ventaja de los artistas: un poquillo de inspiración un día y ya tiene suficiente para vivir un mes... Aunque los ratos en que pinta son verdaderamente intensos: ves cómo mueve el pincel; cómo su mirada se pierde entre los trazos buscando las salidas. Y es que a veces entra en un cuadro y no sabe cómo va a salir... Y eso le hace daño. Porque dibuja lo que no debe: cosas que le cuesta asumir que proceden de su interior. Pero como solamente ella las entiende, nadie más descubre su intimidad. Sólo la belleza. Una belleza que a ella, sin embargo, le cuesta cara... Y, en esos casos, mi reconocimiento le parece ridículo. “No lo entiendes”. Y se acurruca de espaldas al cuadro. Como si no quisiera verse desnuda en un espejo... Y de hecho a veces lo tapa. O incluso le echa aguarrás. Ante mi escándalo, claro. “No entiendes nada”. Pues no, ¡cómo voy a entenderlo!. Yo a veces también extraigo dolor. Pero si para los demás es arte, eso me llena de orgullo... Pero a ella no. Para ella la pintura es más una necesidad que un arte. Una necesidad casi fisiológica. Como un vómito. Como si expulsara un demonio que la estaba consumiendo. Y encima vive de eso... Vómito de oro. “Hija, con que vomites un poco más, llegamos a fin de mes”.

Mi última bajada a Ventas. “Atención, señoras y señores: última bajada a Ventas, última bajada a Ventas”... Con todo lo que ha tenido esta plaza. Allí pusieron las canastas. Que casi nadie usó. Quizá temieran que se les cayera el balón a la M-30. “¡Mi balooón!”... Y ahí el circo. El de los Muchachos... Y abajo ponían ese otro. ¿El Mundial se llamaba?. Hum, creo que sí. Y es que todo lo que no saben dónde meter, ¡hala, a Ventas!. Con lo que siempre que sales del metro te encuentras una multitud; pero, eso sí, cada día diferente: en Navidad, niños con su globito y colgados de sus padres... En primavera, aficionados veteranos vejetes con su abono de San Isidro. Y en verano, rockeros con su litrona haciendo cola para los conciertos. En plena

Plaza... “-Jefe, ¿saco ya el toro?. -¡No, imbécil, eso es mañana!”.

Pero lo mejor, el cine de verano. ¡A la puerta de casa!: casi nos podíamos bajar las bandejas de la cena. Viendo buen cine y con Carla a mi lado: ¿qué más le podía pedir a la vida?... A veces bajaba yo solo porque ella tenía “trabajo”; y, cuando volvía, me pedía que le explicara frases aisladas que había oído desde casa: “-¿Por qué le gritó que se marchara, que estaba demasiado sucio para ella?. -Es una larga historia”. Y ella se ponía cómoda, y descansando la cabeza sobre los codos, se encogía de hombros: “Bueno, no importa”. Así que yo improvisaba un resumen del argumento... Incluso añadía cosas a la historia que sabía que ella esperaba que hubieran sucedido: “Claro, ella no podía decir otra cosa”. O que iban a hacerla saltar: “Pues sí, menudo imbécil. No sabía a quién tenía delante”... Y, otros días, escuchábamos desde la cama el final de la película. Como si los actores se arreglaran en nuestro cuarto de baño: “¿Permite una meadita, jefe, que ya me toca salir?”. “-Oye, idiota, que el que te escribe las cartas es Cyrano”. “Hey, cuidado con la niñera, que se te va a quedar hasta el marido”. La niñera... Yo soy la de Carla. La alimento y le cambio los pañales. ¡La dejo más limpiita!: “¡Gu, gracias!” Pero me crece mucho y se me va a vivir su vida. “Es un sinvivir, ¿sabe usted?”. Hasta que la mierda acumulada le pesa demasiado. Que es cuando viene a que le cambie otra vez los pañales. A que le cante una nana, sabiendo que no me importa no pegar ojo con tal de vigilar su sueño. Menudo pringado, el ama de cría... ¡Pues ya es mayorcita!. ¡Que se busque otro imbécil al que le guste lavar mierda!. Yo he limpiado demasiada; como para toda la vida. Es a mi al que tienen que cambiar ahora los pañales... Busco niñera veinticuatro horas. Pago poco pero prometo dedicación.

Ya está anocheciendo... Una última puesta de sol. Porque anda que no hemos visto puestas desde aquí: sentados los dos en el poyete; con media ciudad a nuestros pies... Repasando aquellos tolditos verdes; e imaginando las historias que escondería cada uno: allí un viejecillo solo, cenando su yogur; con la única compañía del televisor. Allí una madre sola en la cocina, planchando otro pantalón. El marido no viene hasta las ocho... Allí una pareja haciendo el amor. “¿A estas horas?”, preguntaba yo. Ella: “Sí, siempre es hora, ¡están enamorados”. Lo explicaba así, como un niño que cuenta las historias que inventa con sus muñecos. ¡Están enamorados!. Y a mi me sorprendía que sintiera el amor allí, en una ventana lejana, y no supiera que lo tenía ahí, a su lado, donde, esas palabras inventadas que ella creía inofensivas, hacían tanto daño.

Me da tiempo a parar un poco: hasta que termine de ponerse el sol... Qué luz tan bonita la que se refleja en los árboles. Un poco de naturaleza entre tanta urbanidad. ¿Urbanidad?: “En mis tiempos sí que había urbanidad”. No como ahora... Y desde aquí el hueco de la M-30 parece el de un río. El río que nos lleva; nadie sabe hacia donde. Aunque a veces hay tanto tráfico que el agua no corre, se encharca... Lo que haría falta es un desagüe, que así nos quitáramos unos cuantos de encima.

Esos del coche deben estar aprendiendo: ella agarra el volante con mucha fuerza: la misma con la que él se sujeta al asa. “Muy bien, cariño. ¿Has visto la pared, verdad?”. En el hospital: “-Qué hecho polvo estás, tío, ¿cómo pasó?. -Nada, que mi novia no sabe cómo frenar. -Joder, macho, eso es pasión”.

El nuevo mercado. Tiene menos encanto que el antiguo, la verdad... Además, ya no sé si dejarán poner el mercadillo. Con los gitanos vendiendo: “Vamo, niña, mira qué sábana tengo. Cómprele una, hombre, que mis sábanas son de marqués”... Nosotros comprábamos más en el Rastro. Más variedad. Más auténtico. Con gérmenes de cualquier barrio de Madrid.

Bueno, vamos; que ya está bien de despedidas. Hay que pensar más en el futuro, hombre. Sea el que sea. ¿Cuál será?. Pues San Sebastián. La estabilidad... “-¿Qué tal lleva la estabilidad?. -No sé, a veces noto algunas sacudidas. -¿Circula por lugares accidentados?. -Que quiere que le diga, quien más quien menos tiene sus baches”. La ITV. No sé si la pasaría...

Hombre, tampoco estoy en tan mal estado: sólo necesito una puesta a punto. Y unos embellecedores nuevos.

Mira esa pareja: ella parece sudamericana. ¡Es preciosa!... El sí que parece español. ¡Y cómo la mira!: embobado. No sé lo que le estará diciendo ella, pero da igual: sólo ver cómo lo dice ya merece la pena. “-¿Sabes a qué me refiero? -Para nada, hija, pero tu sigue hablando”. Es como ver caer una catarata. Fresca. Como ducharse con sus palabras. Y él seguro que no se cansa... Aunque al final ya esté con los dedos arrugados: “-Pero, hombre, ¿no quieres salir un rato?. -¡Sí, hombre!. Para que se meta otro, ¿no?”

Y ese chaval sentado en la taquilla... Ten cuidado, que todo se contagia: hoy te sientas en la taquilla y, como te descuides, mañana te gustan los toros. Y, como te guste la experiencia, otro día te vas a los sanfermines. A correr un encierro... “Hoy sólo ha habido 7 heridos, uno de ellos grave”. ¡Venga, a divertirse!

La verdad es que a estas horas sólo hay turistas. Casi todo el mundo que trabaja ha terminado su jornada... Así que los turistas aprovechan la tranquilidad para lograr las mejores fotos. Y ahora hay dónde elegir, con tantas cosas como han puesto en la plaza... Salvo esa fachada, que la han dejado un poco vacía. Aunque seguro que algo ya estarán pensando... A lo mejor ponen un busto enorme del alcalde. O quizá esperen a que gane Aznar. Y Gallardón. Y pongan los tres bustos; como en la montaña esa americana. “Madrid, el bastión de la derecha”.

¿Y ese tío agachado?. Casi que me voy por la otra boca... No, venga, no te dejes llevar por los prejuicios... Mierda, se está pinchando. Qué raro, en esta estación... Es lo que tiene la noche. Sobre todo entre semana, que hay menos gente... Puf, y en la vena de la muñeca... Mira, se para un momento: hasta que yo pase. Joder, y aún pensará que tengo que darle las gracias... Bueno, al menos es un detalle... La dichosa droga: lo que hace con la gente... Anda que esa que pide: está realmente hecha polvo. Es verdad que luego seguro que exagera su historia. Por cuestiones de marketing... Pero ya es bastante tener que pasarse así la vida. Picaresca. Lllaman así al que se inventa cinco hijos, “sinco ijos”; pero no al que se larga al extranjero con quinientos millones... A algunos de esos con suerte, les hacen directores generales.

Vaya, no tengo bono-metro. Y ya no vale la pena comprarlo: mejor uno sencillo. Aunque te lo cobran a precio de oro... A ver, la máquina... Sencillo, sencillo. Aquí. “-¿Sencillo, bip, está seguro?. ¿Es usted turista, bip?. -No es eso, joven máquina, es que me voy de Madrid. - Ooh, cuánto lo sentimos. -Anda, no hables así en plural, que pareces el rey. Y dame un abrazo”. Y nos fundimos en un largo abrazo; mientras los torniquetes cantan abrazados “Cuando un amigo se va...”.

¿Cuál cojo?. ¿La cinco hasta Gran Vía?. O la dos; la dos hasta Sol... Pero luego el transbordo es más largo... Venga, por la cinco...

Cómo pesa la maleta. Y eso que tampoco está tan llena... Supongo que lo que realmente me pesa es la situación: me voy a la estación y todavía no sé qué tren voy a coger. La verdad es que es como un chiste: “¿Sabes el del tío que media hora antes de llegar a la estación no sabe qué tren va a coger”. Es para hacer una película. Aunque no, porque sólo se vería a un tío moviéndose torpemente por la ciudad. Y dudando en cada esquina... No tendría interés; a menos que pusieran mi voz en off. Pero, para eso, mejor una novela. Sí, supongo que quedaría mejor una novela... Pero, ¿quién iba a querer escribir un argumento tan absurdo?. Desde luego, alguien sin mucho interés por vivir de la literatura...

Eh, esos dos casi se caen al andén. El beso de la muerte. La mejor forma de morir: besándose. Pero el peor momento... “No importa, como hemos muerto enlazados, en la próxima reencarnación seremos alas de un mismo pájaro. O versiones de una misma canción”. Cosas dobles: tijeras. Alicates. Las hojas de una ventana. “Seremos hojas de una misma ventana. Que se besan al cerrarse”. Un poquito cursi... ¿Qué más...? Dientes. Muelas. Muelas de distinto lado: “condenarnos a vernos sufrir toda la vida el uno al otro sin poder tocarnos. Eso si no nos ponen

de espaldas...”

Es complicado lo de la reencarnación... Bueno, como cualquier cosa que tenga que ver con la muerte. Y es que nunca parece buen momento para morir... Aunque en mi caso, visto desde fuera, no sería el peor momento: poca gente me echaría de menos... Pero no, qué cojones. La vida hay que conservarla, aunque sólo sea para esperar a que mejore. Además, yo puedo aprovechar el dolor para escribir: lo reciclo en poesía. “Lo aprovecha todo, el tío”... La verdad es que soy mi mejor inspiración. Y cada vez me ofrezco mejor material. Hasta ver quién puede más, si mi inspiración o yo... Lo mismo llego a ser un genio cuando yo ya no le importe a nadie. Cuando no me quede ánimo para enseñar a la gente lo que escribo. Y así disfrutaré yo sólo de una obra que habré inspirado. Un círculo perfecto... Por cierto, a ver...

CUANDO DUELE A LA NOCHE ARRANCAR LA MAÑANA

Espera, casi mejor que lo paso al cuaderno.

*Quando duelen los sueños.
Quando duele a la noche arrancar la mañana*

Duele a la noche arrancar la mañana... Llega la luz: la luz que rompe los sueños. Impone la realidad; lo verdadero. Impone lo cierto. Impone: como un juez. A ver: la luz es un juez que impone lo cierto. Queda pobre... Algún adjetivo para este juez... Infame. La luz es un juez infame que impone lo cierto. No tiene ritmo... Pero lo puedo cortar. La luz es un juez infame / que impone lo cierto. No, tampoco. La luz es un juez / infame que impone lo cierto. Suena mejor, pero el corte tiene menos sentido... ¿Y al revés?. La luz es infame / juez que impone lo cierto. Bien, así tiene incluso dos sentidos: le puedo poner paréntesis. A ver cómo queda:

*La luz es infame
(juez que impone lo cierto).*

Voy a leerlo:

CUANDO DUELEN LOS SUEÑOS.

CUANDO DUELE A LA NOCHE ARRANCAR LA MAÑANA.
LA LUZ ES INFAME
(JUEZ QUE IMPONE LO CIERTO).

Queda deslavazado. ¿Y con “Y” delante?

Y LA LUZ ES INFAME
(JUEZ QUE IMPONE LO CIERTO)

Ahora está mejor...

01:00

Qué rápido. Ah, es que no admite viajeros: es un especial... Los especiales son trenes libres, independientes. Que no puedes domesticar... Domador de metros salvajes: saltan al interior de la cabina tratando de tomar los mandos; de domesticarlos para el uso público. Pero

muchos mueren en el intento. Y entonces les ponen una placa en el andén. O incluso les entierran allí. “Sí, hombre, sabía que iba a acabar bajo tierra, pero esto ya me parece demasiado”.

Ahí está... Me encanta cuando se empieza a ver la luz del metro. Es como si el túnel cobrara vida. Como si después de tantas veces, aún me sorprendiera que pueda aparecer... Bueno, de noche sí que pasa, porque sabes que tiene poca frecuencia; así que ver la luz es una gran noticia: “¡He visto la luz!”. Y todos arrodillados a la llegada del tren. “¡Aleluya!”

Vaya, si es de los nuevos. Todavía hay poquitos... Dicen que son más rápidos. Pero si se intercalan con los otros no puede ser: adelantarían a los viejos. “-¡Paso, abuelo, qué voy!”. Aunque el caso es que parecen más rápidos... Bueno, le darán un par de estaciones de ventaja.

Esas parece que acaban de salir del trabajo... Por la hora, serán de alguna tienda. O de una peluquería. “Hasta mañana, mona”; y cuando se vaya la pondrán verde. Suele pasar: cuando la tienen delante todo son sonrisas: “¡Claro, hija, te sienta divinamente!”. Y cuando se va: “¿Habéis visto que facha lleva?”. Hasta que se vaya la siguiente, que entonces le tocará a ella... ¿Y no se darán cuenta?. Pues a lo mejor no; piensan que a ellas no les toca. Aunque, si lo hacen con todas, ¿por qué no lo van a hacer con ellas?.

En eso Carla es diferente. Bueno, los dos lo somos. Hablamos de la gente, pero sin criticar... Aunque eso es lo que dice todo el mundo: “Yo no es por criticar...”. Pero es verdad que en nuestro caso es diferente. De hecho, nos interesamos más por la gente que está en nuestra onda; que se entiende bien con nosotros. Y entonces es como si observáramos sus progresos: “Qué bien Pablo, ¿verdad?”. Como si fuéramos de una orden secreta e hiciéramos el seguimiento a un posible nuevo miembro... Y nunca mejor dicho, porque suelen ser hombres. Con lo que yo vuelvo a ver de nuevo amenazada mi exclusividad con Carla. ¿Exclusividad?... Sí. Evidentemente no es una verdadera exclusividad, pero algunas parcelas de su vida me pertenecen. Por eso ciento celos; aunque sea alguien que simplemente da un paseo con ella.

Ella nunca siente celos por mí. Es lo que me falta: su pasión; sus celos... Me imagino a mí en la cama con otra y ella : “¡Qué bien, qué disfrutéis! ¿quedamos luego?”. Y el problema es que sabe que me tiene, que aunque esté con otras, siempre tendrá un rato para ella. Y además no ve ningún problema en que tenga pareja y, a la vez, y quede con ella; no ve ningún problema... Pero las otras sí, claro, porque enseguida notan la influencia que ella tiene sobre mí; y se dan cuenta de que en realidad en mi vida apenas hay sitio libre para que entre otra persona.

Anda que ese... Está bien escuchar música en el metro, pero ¡esa música!. Suena como una licuadora: como si le estuvieran machacando el cerebro. Y él impasible mientras se va convirtiendo en bestia. Bueno, bestia parece que ya lo era... En animal; se va convirtiendo en animal irracional... Hum, sería un buen arma para el Gobierno: para eliminar sujetos indeseables. “A este le pondremos seis horas de lo último en bakalao. ¡A ver si después aún le quedan ganas de criticar!”.

¡Pues sí que se mueve hoy el metro!. Se agita. Agítese antes de usarlo. Mantenerse fuera del alcance de los niños... En mi caso sería fuera del alcance de Carla. O, mejor, ella lejos de mi alcance. Porque basta probar un poquito para volver al vicio... Primero fue una muestra gratuita. Prohibida su venta. Pero si te gusta y quieres más tienes que pagar por ella. Como la droga: te regalan un poco para que te enganches y luego a depender... La puta dependencia. “Necesita usted un severo proceso de desintoxicación”. Luego pasas el período de abstinencia y vas a verla; todo seguro; convencido de que lo has superado. Pensando que su cercanía no te va a afectar en lo más mínimo. Pero cuando la ves y empiezas a escucharla, sus palabras son como un abrelatas que va dando vueltecitas alrededor de tu tapa. Y te desespera la facilidad con que va rebanando lo que te ha costado tanto tiempo construir. Pensabas que habías creado una lata indestructible: la habías tirado contra el suelo, pateado; metido en el horno. Parecía dura, la jodida. Hasta que vino Carla-abrelatas.

DIEGO DE LEÓN

¿Cómo puede haber todavía alguien que lea el Ya? Con la de veces que ha cambiado de dueños... Y de encabezamiento: este el antiguo otra vez, pero ahora es rojo... Imagino que la gente lo leerá por fidelidad. Aunque serán cuatro gatos. Podrían juntarse en la redacción; los periodistas les contaban las noticias de palabra y eso que todos se ahorran.

Es verdad lo que ha dicho ese: ha sonado como un pinchazo. Con el frenazo y ese “ssss” como de desinflarse... “Ding-dong-dang. Ding-dong-dang: señoras y señores, rogamos bajen a empujar el tren...”. O, si no, damos pedales. Como un metro-galera. “Páguese el billete con su trabajo y de paso colabore en el ahorro energético”. Y para marcar el ritmo, bakalao. Ruta del bakalao. Línea del bakalao. “-Esta línea va un poco lenta, ¿no?. -¿Si?, pues macho, si vieras la de las rancheras”.

El Ya, el diario de la Iglesia... Pero me oye un cura que se acerca y se sienta a mi lado. Sonríe con aire suficiente; pero a la vez conciliador. Y, poniendo una mano en mi hombro como sólo un cura sabe hacerlo, sacude la cabeza: “-Iglesia somos todos, hijo mío”. Y mira a lo alto, satisfecho. “-Oiga, lo dirá por usted. A mi no me inmiscuya”

Mira, otros yonquis... Ahí los ves, comiendo yogures; fumando; con la mirada baja. Totalmente insensibles. Se dejan la piel para mantener una vida que es una mierda. No tienen horarios: no hay días ni noches; miércoles ni domingos. Sólo importa si están colocados o no. Y, sin embargo, por alargar un poco esa vida te pueden abrir en canal... ¿Por qué se llegará hasta ese punto? No sé, algunos tienen la puerta de la droga demasiado cerca. De acuerdo que al final uno tiene que dar el paso y abrirla; pero hay quien la tiene demasiado cerca. Y otros apenas sí la distinguen a lo lejos... Pero de todas formas la droga nos incumbe; aunque sólo sea porque sabes que cuando menos te lo esperes te pueden pedir dinero. Por las buenas o por las malas. Y como mínimo, su simple presencia te incomoda: a nadie le gusta ver a la gente así. Aunque lo mejor es no mirarlos mucho: porque encima se mosquean... Mira, ahora se despiden y se desean suerte. Y seguro que ni siquiera se conocían... Dios los cría y ellos se juntan. La droga los mata y ellos se juntan.

Esos parecen extranjeros: por sus rasgos; y por esas gafas tan raras... El tiene la mirada perdida; como si estuviera pensativo. O aburrido. Mientras ella sigue leyendo. Si no tuvieran la misma pinta nadie diría que van juntos... Es absurdo: cuando realmente quieres a alguien los cuerpos se reclaman; y permanecemos atentos a cualquier gesto de la otra persona. Y, cuando te despides, aunque vayas a verte dentro de un rato, sientes un gran vacío. Así que deseas que llegue enseguida el momento de volverla a ver; y observas con impaciencia las manecillas del reloj: son las Carla menos veinte. Las Carla y uno. Y entonces querrías decir: ¡stop!, y que el tiempo se parara. Ojalá pudiera ser así: “A las cinco tengo que ir a trabajar, pero no te preocupes: hasta que terminemos de hablar no vamos a dejar que den”... Pero sí que dan las cinco. Y entonces es cuando toca regresar al mundo real.

NÚÑEZ DE BALBOA

Y estos otros: ella dialoga con intensidad, poniendo mucho énfasis. Poniendo el alma en cada palabra. Él, pensativo, calla, mira al frente y asiente de vez en cuando. A lo mejor es una relación de compromiso: hubo alguna vez una buena amistad entre ellos pero aquello terminó... A lo mejor hasta salían juntos. ¡A lo mejor hasta salen todavía!. ¿Y están así?. Puf, sería terrible... La fidelidad femenina: siempre es mayor que la nuestra. Sobre todo si ya hay una relación; porque nosotros casi que somos más fieles antes de que nos digan el sí: por aquellos de los retos; porque nos gusta el riesgo. I ♥ risk... Sí, era de compromiso, porque ahora ella se ha

bajado y él sigue ahí, pensativo. O a lo mejor es que le ha dado un pasmo. “Vuelve, vuelve”.

A lo mejor yo también alguna vez llego a tener con ella una relación de compromiso... Pero ahora estoy enganchado: a sus miradas; a su forma de moverse. Sus movimientos son como una melodía y yo me paso todo el día escuchándola... Por eso sus fotos no me atrapan tanto. Porque es imposible atrapar una única nota: siempre dura algo; aunque sea un breve instante... Lo malo es que muchas veces la melodía no la escucho yo solo. Porque cuando estamos solos es como si sus movimientos fueran míos: como si me cantara al oído... Pero otras veces es como un concierto del que yo soy sólo un espectador más. Aunque, como sabe que soy un entendido, me mira cuando hace un alarde. Un virtuosismo que sólo entiende un experto. Experto en Carla. Carlólogo... Lo malo es que a veces parece como un macroconcierto; una gira por estadios. Y entonces no soy más que parte de la masa. Y aunque salto e intento llamar su atención es imposible que ella me distinga entre tanta gente. Música de masas. Que yo no entiendo. Pero que quizá es la música con la que ella vibra más. Y yo no la sigo. “Claro, tu eres un entendido. Entiendo que esto no te guste...”. Y me pierdo sus vibraciones más auténticas. Las más viscerales. Las más animales. Y me quedo con melodías que sí, que son muy originales; pero quizá sean las menos importantes.

¡Eh, a por el sitio!. Vaya, se lo he quitado a esta... Gesto de odio generacional. Juan Tamarit: “¡Ah, me odia, me odia!”. Lo siento, señora, es mi último viaje y tengo que aprovechar. Porque tardaré en volver a viajar en metro; o en autobús. En realidad, ya casi siempre me moveré andando... Bueno, en San Sebastián sí que habrá autobuses. Pero no será como aquí. Moverse por Madrid es insufrible... Aunque uno aprovecha el viaje para reflexionar. Uno se acostumbra al trasiego. Se asienta en el trasiego. Vaya frase. Es todo un eslogan: a asentarse en el trasiego...

RUBÉN DARÍO

Me gustaría saber qué está leyendo. Si no fuera por el forro... Pero hace bien:, los libros son parte de nuestra identidad. Enseñar la pasta de un libro puede ser como enseñar la ropa interior. Cultura interior. Cultura íntima... Podría acercarme sensual y en lugar de preguntarle: “Oye, ¿qué llevas puesto debajo?”, decirle: “-Oye, daría cualquier cosa por ver lo que hay detrás de ese envoltorio. -¡Descarado!”. Y me daría un bofetón... ¡Bah, ya se baja!. Pues nada, me quedaré con las ganas de saberlo.

Mira este, haciendo una sopa de letras: “Bebidas alcohólicas”. Ahora ha encontrado RON. Y parece que sólo le faltaba esa para acabar.... ¡Ah, pero la firma!. Qué fuerte... Me resulta un poco triste eso de firmar los pasatiempos: es exagerar mucho un logro tan pequeño. “- ¡Ya he hecho la sopa de letras!. -Bueno, ¿y qué quieres?, ¿una medalla?”... Quizá no tenga demasiados logros y tenga que exagerar los pocos que tiene. Aunque sean tan modestos... O tal vez sólo quiere reivindicar su autoría. “-¡No se vayan a creer que la ha hecho otro!. -Tranquilo, eso no creo”.

Mira esas gitanas. ¡Qué escandalosas son a veces! La verdad es que me incomoda tenerlas cerca; me pone nervioso... Si es que en el fondo eres un racista... No, no es eso, es sólo miedo a lo desconocido. A lo diferente. ¿Y eso no es racismo?. Mira si no a ese tío: cómo les mira. Con esa cara de sentirse herido en lo más hondo... Y luego busca con la mirada el apoyo de su compañero de asiento: “-¿Verdad que no se puede tolerar?. -Diga usted que no, que no sé dónde vamos a ir a parar”... Aunque esas miradas no suelen devolverse. Por miedo a iniciar una conversación: que después del diga usted que sí, responda con que si sabemos lo que le pasó el otro día a su mujer. Y al final no sólo no podemos leer el periódico en paz sino que encima nos toca aguantar a un pesado.

Son vulgares: en su forma de hablar; y de vestir. Y, sobre todo, el desparpajo que

tienen... Puf, mejor no tener que vérselas con ellas. Y al ser mujeres es peor todavía; porque no se cortan en darte una hostia y no sabes cómo reaccionar.... Joder, lo que estoy diciendo. Si me oyeran. “¿No estabas en contra del racismo?”. Si Carla me oyera... Pero está lejos. En Villa... No sé si habrá cambiado mucho, por cierto. Me cuesta imaginar el pueblo sin nosotros. Y es que hay pocos rincones que no nos traigan recuerdos del tiempo que pasamos allí. Y es que Villa es nuestro decorado particular. Un precioso decorado para una película fallida. Pero con mucho morbo. Es como en 'Casablanca': el rodaje fue tan famoso como la película. Pero es que la nuestra ni siquiera se va a rodar en condiciones. Tendrán que pegar las escenas de mala manera; y, al final, la distribuidora dirá que a ver a quién vende semejante basura. Que además de mal rodada, la historia es poco creíble... Por cierto, ¿dónde está el guionista?. Que le quiero decir unas palabritas...

Este de al lado se ha fijado en mi cuaderno; a través de sus gafas de concha. Parece sorprendido; y es que muy poca gente escribe en el metro. “Te escribo versos bajo tierra”. Bajo tierra. “El pobre está ya bajo tierra”. ¡Qué tétrico!. Ya ni la muerte impide la poesía... En mi caso casi la promueve, porque la ausencia de Carla es una pequeña muerte... Qué bonito. “-Tu ausencia es mi muerte. - Pues a ver si es cierto, chaval”... Así que, hasta que llegue a Villa, no volveré a la vida... O, bueno, hasta que cambie de vida. O de ti: hasta que cambie de ti.

Mira, ya se van las gitanas. Para tranquilidad del señor... Al final las niñas le han contestado. Pero eso sí, con la típica media sonrisa; que tan poco incita a la comunicación. Esa sonrisa que cuando te la ponen parece que tu frase muere antes de nacer: que se aborta. Frases-aborto.

ALONSO MARTÍNEZ

¿Cómo era la frase? Era buena... Ah, sí: hasta que cambie de vida; hasta que cambie de ti.

*Hasta que cambie de vida,
hasta que cambie de ti.*

Para el final. Es un buen final... No sé si cuando esté acabada se la enseñaré. Aunque eso es lo de menos. En realidad, el deseo de escribir surge cuando ella no está... Un sustitutivo. Una forma de seguir conectado. “-Hija, no desapareces ni cuando no estás”. Cada instante de mi vida parece unido a ella, ¿y para qué?: no es mi novia, mi compañera, ni nada parecido. Es..., ¿qué es?. “-Es... un proyecto a largo plazo. -Pues, oiga, un poco largo si va siendo”... Como me gustaría poder decirle cualquier día: “Mira, te quiero más que a nada en el mundo y ya no puedo conformarme con que seamos simplemente amigos”. Y es que parece que sólo estoy para escuchar sus problemas; curiosamente los problemas que tiene con los que ocupan mi lugar. ¡Qué ironía!. ¡Menudo pringado!. No soy más que el segundo plato. Peor: soy el aperitivo. Estoy para abrir boca. Soy como el bedel... Del placer. “El bedel de la antesala del placer”. En las mejores salas X.

Debo matarla en mi imaginación. Igual que un escritor que elimina a un personaje porque ya no puede sacarle más jugo... Y, desde luego, el personaje de Carla está agotado... Así que tengo que empezar un nuevo libro; y quemar el anterior... Aunque, espérate, que al final lo mismo la hago resucitar. Como a Sherlock Holmes. Por presiones de los lectores. Por mis propias presiones. Con una mano firmaré su baja y con la otra empezaré a bajarme los pantalones... Me llamaban Pantalón Bajado. 'Pantalón Bajado y la resurrección de Carla'. Ya en sus librerías.

Esa está leyendo 'Ilusiones'. De Richard Bach. Esa portada negra es inconfundible...

Podría acercarme y hablarle del libro: como si fuera un librero ambulante. Un radio-librero. “- ¡Atención, un librero móvil, para la esquina de Goya y Serrano!... -Buenas, ¿ha pedido usted un radio-librero? -Sí, por favor, me siento algo melancólica. ¿Qué lectura me aconseja? -Hum... ¿Es quizá por este día tan lluvioso que tenemos?. ¿O es más bien un problema de amores?. – Pues más bien lo segundo... -Bien, pues tengo aquí una edición en rústica de 'El invierno en Lisboa' que le viene como anillo al dedo. Son ochocientas pesetas y doscientas cincuenta por la bajada de bandera”.

CHUECA

Al final las chicas le han saludado al irse. Y, claro, el tío se queda más contento que unas pascuas. Todavía hay gente que le escucha. ¡Aún es alguien!... Pero la satisfacción le durará sólo un rato: enseguida volverá a la rutina: la de su mujer; la del salón de siempre tras el trabajo de siempre... La verdad es que yo espero no acabar nunca así. Bueno, con la vida que llevo parece difícil. Cómo pasar de lo extraordinario a lo vulgar: desaceleración de 100 a 0. “¿Oye, macho, no eras tu ese que vivía a toda velocidad?”.

¿Y el metro?. ¿Por qué coño se parará ahora?. Joder, y aún estoy en Chueca... Parece que siempre se para cuando uno tiene más prisa. “Claro, es que es un metro muy sensible y no soporta la tensión”... Habló el Psicólogo del metro. Underground. Psicólogo underground.

Otro con el acordeón; que también tendrá hambre, claro; y ocho hijos... La verdad es que debe ser un coñazo soltar el mismo rollo en cada vagón. Aunque, bueno, supongo que pondrán el piloto automático y se olvidarán de todo... Pero ¿les compensará?. Bueno, pongamos que cada estación dure un par de minutos; con lo cual hace unos treinta trayectos cada hora. Si trabaja por lo menos unas tres horas... son noventa veces la misma cantinela. Por unos duros. Bueno, a lo mejor no tan pocos: si le dan cinco... o incluso diez duros en cada vagón, puede ganar noventa por cincuenta...; nueve por cinco, cuarenta y cinco... cuatro mil quinientas, ¡casi cinco mil pelas!. Joder, no está nada mal para unas horas... Bueno, no, no le darán tanto: a veces los vagones van casi vacíos. O van tan llenos que no podrá ni entrar.

Qué cara pone el tío al darle los cinco duros. Y es que sabe que lo estamos mirando. “Tome, tome. No hay de qué, no hay de qué”. Y mirando al tendido: “Tenía que hacer algo por ese pobre hombre”. Claro, di que sí... Y mira esas. Riéndose del del acordeón. Qué hijas de puta... Claro, vosotras nunca tendréis que pedir. Pase lo que pase, tendréis la vida resuelta: papá os casará bien; y, si no, os dará algún trabajillo sencillo... Algo que luego os permita salir de tiendas.

Ya nos movemos. Pues le ha dado tiempo a pasar... Este vagón le ha venido de regalo. “Si pide en cinco vagones le regalamos otro. Gran oferta”. Aunque seguro que todo esto estará controlado: se repartirán las rutas entre todos... Dos tipos peleándose: “-Tengo cinco hijos. - Pues yo seis. -No, denme a mí, que soy drogadicto. -Pues yo tengo SIDA.”. Y el cura del Ya: “hijos míos, no os peleéis. Mirad esos pajarillos. Si Dios los alimenta, ¡cómo no va a alimentarnos a vosotros!. -Claro, padre. Lo único, que le diga que se de prisa, no sea que se quede usted solo con los pajarillos”.

Esos chiquillos parece que hablan en árabe. Aunque en el fondo se les entiende todo... Y es que aunque hablen otro idioma, uno enseguida detecta cuándo la gente se insulta; o bromea. O cuando hay amor de por medio... En el fondo son las miradas las que hablan. Y los gestos. Porque las palabras básicamente lo que hacen es mentir. Aunque sea sin querer. Porque son una mala foto; un cuadro hecho a la carrera. Los sentimientos eligen qué ponerse y las palabras no siempre les sientan bien. Así que no hay que fiarse mucho de ellas... Las miradas sí que son ciertas. ¡Pero son incomprensibles!: están en un estado demasiado puro para poder asimilarlas. Como el alcohol de 98°... Bebamos mejor palabras de cerveza. Que aunque embriagan no hacen

daño... Y es que más daño hacen algunos silencios. O según que sueños... Por cierto, ¡el poema!
A ver...

Y LA LUZ ES INFAME
JUEZ QUE IMPONE LO CIERTO.

Qué más... La luz... Con ella acaba la noche; y, por tanto, también los sueños. Llega la realidad... Una realidad que no tiene nada que ver con esos sueños. Y por eso nos hiere. Como un cuchillo. La realidad es un cuchillo... Afilado. Y entonces la realidad es un cuchillo afilado. Demasiado largo... ¿Y si muevo el “entonces”? la realidad es entonces cuchillo afilado. Eso es. Y, ¿qué hacemos con el cuchillo?... Su hoja. Pasamos el dedo por la hoja. Acariciamos la hoja. ¿Para qué?. Para que nos duela; para sentir algo, aunque sea el dolor... Para al menos sentir.

*La realidad es entonces cuchillo afilado
cuya hoja acariciamos para al menos sentir.*

Mejor separado

~~CUYA HOJA ACARICIAMOS PARA AL MENOS SENTIR.~~
para al menos sentir.

GRAN VÍA

Ya estamos. Venga, vámonos. A ver, la uno, la uno... Sí, para allá. La verdad es que aquí se baja un montón de gente... Claro: a Atocha, a Sol... En busca del Sol. “Próxima estación: El Sol. Recomendamos despojarse de toda la ropa de abrigo; y utilizar gafas negras de culo de botella”. Y crema protectora: “-Deme una de protección 200. -Tome, tome. Adiós, muchas gracias –y dirigiéndose a otro cliente-. Ah, otro pobre que trabaja en Sol. -Pues que no se queje: peor es lo mío, que he estado dos años en la sombra”.

Cuántos vendedores: el mercado negro; el mercado de los negros... Seguro que pronto se pondrá de moda la ropa del metro; en una de esas estúpidas revistas de moda para críos: “Lo más: vístete en el metro”. “-¡Eso, eso!. -Oiga, pervertido, que se refiere sólo a comprar la ropa”.

TRIBUNAL
BILBAO
IGLESIA

Por aquí no: por la otra... Mira, está ahí mismo el andén. Espero que no tarde mucho, si no lo mismo no llego a coger el tren. ¿Qué tren, a todo esto?... Pues el del norte, ¿cuál va a ser?. Vaya plan. Ojalá pudiera ponerme entre los dos trenes y que uno de ellos me cogiera... “Pero, Carla, si yo quería irme en el de Villa, pero entonces vino el otro...”

Hay que ver cómo hemos aprendido a convivir con la mierda. A tenerla al lado y a dar saltitos para evitar pisarla... Ves a tipos como ese durmiendo en un banco y ni te inmutas. E incluso, si hay un hueco a su lado y estás cansado, lo mismo hasta te sientas. Y a lo mejor no escuchas su respiración, pero tampoco haces nada... Porque es uno más de ellos. Salen del fondo de la tierra: como las ratas. Hombres-rata. Pero estos apenas se reproducen; más bien los mata el caballo... Y el frío. O algún otro hombre-rata. Pero, mientras, te cantan una canción increíble o te piden para un viaje a Cáceres. Que acaban de salir de la cárcel; y no tienen nada. Y no te

quieren hacer nada. Sólo quieren algo suelto: lo que buenamente puedas. Que para ellos sería más fácil ir de malas y pillarle a un tío tres talegos. Pero no quieren ir de malas.

Ya está aquí. ¿Qué hora es?.

21:39

Joder, qué mal lo he hecho. Tenía que haberme llevado la maleta al trabajo e ir directamente a la estación. He dado una vuelta más tonta... La verdad es que soy especialista en complicar las cosas. En enrevesarlas. El enrevesador... Suena bien: enrevesador. “Tu tío, que en paz descansa, fue un gran enrevesador.”

Un sitio... Ay, qué bien. La verdad es que estoy cansado de tanto... ¡Eh!. ¿Y ese?: ¡está molestando a esa chavala!. ¡Le pone la mano en la pierna!. Mierda, ¿qué hago?... ¡Tengo que hacer algo!. ¿Y la gente del vagón?. Nadie reacciona: no parecen darse cuenta. ¡O no quieren!. El hijo de puta ha debido venir con ese otro y ahora le ha dado por la chavala... Voy a guardar el cuaderno... Eso es. Ahora, atento y como se pase un pelo más; o la chica me haga una seña o algo...; ¡qué!, ¿qué vas a hacer?. Lo que sea. Pero no puedo quedarme quieto... ¡Y la dichosa maleta además!. Joder, si al menos alguien ayudara... Porque yo solo con estos dos...: me pueden soltar una hostia sin despeinarse. ¡Pero no puedo quedarme quieto mientras le mete mano!. A lo mejor ese de los cascos... Pero no: ese ni se entera... Ella parece incómoda. ¡Nos ha fastidiado!... Eh, un momento, ¿se ha reído?. ¡Se ha reído de lo que él le ha dicho!. ¡No me digas que están juntos!. ¡Pero si parece mucho mayor que ella!; y ella parece tan...; tan tierna. Qué cosas. He estado a punto de meter la pata de una forma... Puf, qué alivio, el corazón aún está que se me sale. La verdad es que estaba cagado de miedo: soy incapaz de pegarme con alguien sin pensármelo dos veces... El caso es que la tía me miraba. Yo creo que eso es lo que me ha mosqueado, que me miraba... Y me sigue mirando. A lo mejor es porque yo la he mirado a ella. El interés causa interés y al final no se sabe quién ha empezado. Pero es que se la ve tan inocente al lado de esa fiera... Ha sido normal que me equivoque. Bueno, pero deja ya de mirarla. A ver si al final te llevas la hostia pero por mirarla demasiado... Porque, ¿qué excusa le pones al tío?. “No, es que pensaba que la estabas atacando, porque ¿cómo iba a estar ella con un gorila como tú?”. Sí, estaría bien. No tendría mundo para correr. “Déjale, Manolo” y yo a trompicones con la maleta. Pero ella se reiría, seguro.

SOL

Mira esa gorda leyendo el Mía: qué pintas... Esas gafas parecen de broma, con ese plástico color hueso. La verdad es que tiene cara de cómic... ¿Y ese titular?

INFORME: CONOZCA EL VERDADERO SIGNIFICADO DE LOS SUEÑOS ERÓTICOS

Vaya, vaya... Y la tía de la portada: vamos, igualita que ella... Me gustaría ver sus sueños eróticos: cabalgando su mole sobre un pobre cuerpo masculino... El hombre con los ojos desorbitados; mientras ella cabalga como si escurriera ropa. Y ella extrañada: “-No lo entiendo, ninguno me dura más de una noche”.

No como Carla... Se la presentaría a cualquier miembro de un club de castidad: “¿Ah, tu eres del club?. Espera que avise a una amiguita mía...”. Auténtico sabotaje. La Tentación. La Tentación vive arriba. Peor: la tentación vive en tu casa... Yo no necesito peregrinar al desierto para ver al demonio: tomo café con él todos los días. Y, encima que me tienta, no me deja sucumbir. “¡Tu no eres demonio ni eres ná, joder!”... En fin, no puede ser, tengo que romper con esta situación; aunque gaste todas mis energías... Pero gastarlas, ¿en qué?, ¿en perder

justamente lo me da más fuerzas para vivir?. Es como vender el coche para comprar gasolina... Bueno, quizá no es para tanto: se trata de vender el coche para ir en bicicleta. Y es que en el coche de Carla la velocidad no me deja ver el paisaje... Como el AVE. Relación de alta velocidad. Con un solo pasajero. Bueno, tiene más; pero yo soy el único que coge la línea rápida a diario. Los demás saben que es peligroso. Sobre todo si encima no sabes dónde vas.

Más gitanos. Se ponen aquí al lado. ¡Y van a cantar!. Oh, cielos; ¡me los voy a encontrar a todos hoy!... Una rumba, parece que es. Puf, la verdad es que huelen que alimentan. Pero cantan con sentimiento... Ah, esta música me recuerda a la feria: al típico cachondeo de la feria; de cuando era jovencillo. Las chicas bailando en pareja; y nosotros mirándolas desde la barrera, con la cara de “yo también quiero”. Qué buenos tiempos aquellos...

No se si las monjas se dan cuenta de la barrera que supone el hábito... Bueno, quizá sí que lo sepan; y por eso lo llevan... Y qué contraste con la chica de al lado: el antes y el después del proceso de monjización. O de desfeminización... Y es que, claro, si las monjas vistieran como ella, podrían dar lugar a situaciones confusas: “-Vengo a traerle consuelo. -Maravilloso, hermana, venga por aquí.”...

Ya piden la voluntad... Bueno, no me puedo quejar: al final ha sido cortita. Así tendrán más tiempo para pedir... Ah, pues no: parece que hay un bis. Pero a la gente le da igual: como si quieren quemar la guitarra. Aunque no creo: se saldría del presupuesto... Mira, esa hasta se ha dormido. Y eso que han armado escándalo. Van a pasar a su lado: a ver si con el olor... Pues ni así. Debe de tener el sueño atrasado; porque si no, con lo que cantan.... Cantar. “Señora y señor. Vamo a cantá... -Joder, ¿más todavía?”

Vaya, un apagón... A ver qué pasa; porque cuando se va la luz la gente se corta menos y muchas manos empiezan a cobrar vida... Pues no, de momento no se oyen chillidos... Nada, ya ha vuelto otra vez... Joder, ese, qué cara tiene. No sé qué puede ver ella en un tipo con un rostro así. Casi que estaba mejor con la luz apagada... Espera, que a lo mejor ella, al volver la luz; se da cuenta y reacciona. A ver... Pues no, no se asusta. Le gustarán así, monstruosillos. Pues es lo más lejano al romanticismo: la atracción por lo feroz; por el fuera de la ley. Pero hasta ese punto... No sé qué puede ver en él, la verdad. Pero así son las cosas. Poco peligroso para gustar.

TIRSO DE MOLINA

Mira cómo sonrío. Eso es que ha visto a alguien conocido. Pues sí, mira: aquí viene él. Vaya, y parece que se quieren.... Y yo mientras aquí, con este sitio vacío a mi lado. ¡Con la de veces que hemos ido juntos!... Pero siempre separados: sin que nuestras manos terminen de juntarse; aunque estén siempre tan cerca... Mi mano no coge la tuya. No coge nada más que el vacío... Atrapa mi mano el vacío. Eso es.

Atrapa mi mano el vacío.

Sin la tuya: ausente la tuya. Cuando ausente la tuya... Cuando me despierto, tras soñarte; tras haber cogido tu mano en uno de esos sueños; de esos sueños que duelen... Ausente la tuya. Con el día. Cuando ausente la tuya con el día.

Cuando ausente la tuya con el día

Pero, a pesar de todo, la acaricio. Aunque no la sienta... La acaricio por inercia; por costumbre. Acaricio por costumbre. Algo más... Por esas ganas terribles de quererte, ese deseo... La acaricio por deseo y por costumbre.

acaricio por deseo y por costumbre.

Pero hay que hilarlo con lo de antes. A ver...

LA REALIDAD ES ENTONCES CUCHILLO AFILADO
CUYA HOJA ACARICIAMOS
PARA AL MENOS SENTIR

También acariciamos: por ahí se puede unir... Acariciamos la hoja del cuchillo porque no podemos acariciar su mano. Se puede cambiar el orden. Pues, ausente la tuya con el día, / atrapa mi mano el vacío. No me gusta el segundo... Mi mano atrapa el vacío. Así. ¿Y el tercero?... Entre paréntesis.

*Pues, ausente la tuya con el día,
atrapa mi mano el vacío.
(Acaricio por deseo y por costumbre)*

Vale, está bien de momento... La verdad es que cuanto más jodido estoy, más escribo. Y mejor, probablemente... No creo que sea sólo cosa mía; imagino que le pasa a muchos artistas: cuanto peor te va la vida, más interesante es tu arte... Y es que la felicidad provoca una obra más aséptica; que puede ser muy buena técnicamente, pero le falta la genialidad que, sin embargo, sí que surge con la inestabilidad... Así que nada, cursillo de nuevos creadores: abandonen su trabajo, dejen a su novia de toda la vida y cortejen a la mujer más inaccesible de su entorno; la que le haga la vida más imposible; la que no tenga jamás dos reacciones iguales. Persígala en vano y emborráchese por la noche tratando de olvidarla... Que verá como entonces escribe. Folios y más folios.

En el fondo uno trata de escapar de la vida que lleva; que resulta tan poco reconfortante que necesitamos aferrarnos a algo más... Y no nos importa si es una historia con pocas posibilidades de funcionar: es nuestra historia; nos gusta y la queremos... Como nuestra propia película, sólo que nunca dicen “corten”... Aunque, eso sí, el guión parece que nunca cambia; y el papel de perdedor está cada día más asentado... Así que realmente a uno le entran ya ganas de escribir el final.

ANTÓN MARTÍN

Por eso lo que necesito es borrarla de mi vida... Como arrancar una página de un libro; o borrar un fichero del ordenador: “¿Borrar CARLA? (s/n)?”. S. “Oiga, que se borrará toda la información del fichero CARLA. ¿Está seguro?”. S... Aunque no es tan fácil: quedan virus que se agarran al corazón; y se ponen en acción cuando menos te lo esperas. Como un Viernes 13... Una llamada, una mirada; cualquier gesto amable es suficiente para volver a encender la llama.

Mira ese tío; qué gracia le hace el chaval... Pues es raro que a un chico se le caiga la baba con un bebé. Y que además no lo disimule. Con la vergüenza que nos da a los hombres mostrarnos muy sensibles... Y eso que a ellas les encanta; que seamos tiernos y expresemos nuestros sentimientos y todo eso... Carla, por ejemplo, dice que le encanta que muestre mis sentimientos... Pero no que los demuestre, claro. Es un pequeño matiz, ese *de*: “quiero que me lo cuentes todo, que expreses lo que sientes, que te muestres muy cercano... Eh, ¿qué haces?. ¡No tan cercano, hombre!.”

Por eso, si tuviera lo que hay que tener, la dejaría... Sería un bombazo: la noticia del año... Incluso con rueda de prensa: “-Señoras, señores. Les he convocado para anunciarles algo de suma importancia...”. Murmullos, murmullos. “-He decidido dejar a Carla”. Un montón de manos levantadas. “-¿Dejar?, perdone, pero, ¿qué es lo que van a dejar?, ¿hay algo que dejar?. - Bueno, supongo que es una pregunta lógica. Pero sí, si creo que hay que dejar algo. No es una relación normal que discurra por los derroteros habituales.... Pero supongo que sí, que hay algo que dejar. -Entonces, ¿hablamos de una ruptura definitiva?. -Bueno – respondo sonriendo-, al menos, esa es mi intención. -Pero, ¿no es un poco, en fin, ingenuo por su parte creer que podrá llevar a cabo su propósito?. Porque los precedentes no apuntan desde luego en esa dirección... - Sí, lleva usted toda la razón; lo único que les puedo asegurar es que mi intención es decididamente la de dejarlo, pero que sí, que debo ser modesto y admitir la posibilidad de no ser capaz de llevarlo a cabo. -¿Y en ese caso, entonces?. -En ese caso, bueno..., llegado ese caso me plantearía buscar medidas más a medio plazo, pero, eso sí, siempre con el mismo objetivo. - ¿Qué reacción espera por parte de ella?. -Mala –aquí con media sonrisa-. -¿Podría especificar más?. -Bueno, sí, va a ser un duro golpe para ella, porque no se espera algo así. Pero, sopesando todas las posibilidades, creo que es la mejor decisión... -Una última cosa, ¿qué sucedería si ella propusiera algún giro a la relación?. ¿Estaría usted dispuesto a considerarlo? -Bueno, ese giro parece improbable hoy por hoy... -Ya, bueno, pero, ¿si se diera?. -No lo sé, supongo que, bueno, que sí, que me lo plantearía.. Pero no puedo asegurarle nada al 100%...”

ATOCHA

Mira el niño chino: cómo mola. Parece sacado de un anuncio de Unicef; o de uno Benetton con niños sonrientes de todos los colores... Y es que ahora vende lo multirracial: las minorías también compran y hay que hacerles creer que nos importan... Pero este mola: con esas gafitas está de película... Mira, la madre ofrece el sitio libre antes de sentarse: claro, quiere agradar; y ganar puntos. Porque sabe que parte con muchas desventajas; que viniendo de fuera nadie se lo va a poner nada fácil... Tiene que demostrar que se merece que la admitamos entre nosotros. Que puede compensar su maldito color amarillo con buena educación; y mucho trabajo mal pagado... Llevan maletas: a lo mejor también se bajan en la estación.

Otro con guitarra. ¡Y qué pantalón más hortera!. Además, tiene cara de pocos amigos: debe estar harto de tocar... Eso suena como... ¿una ranchera?. Es como lo que canta María Dolores Pradera... Pues qué bien, qué alegre, lo que yo necesitaba. Ni que lo hubieran hecho a propósito... Y encima el metro se para otra vez. Ya verás que todavía llego tarde... Bueno, al menos así puedo escuchar la canción. En realidad, estaba todo previsto: “tocaba tan bien que hasta el metro se paraba a escucharle”.

Qué preciosidad... Ese sitio parece fabricado para ella: como si la hubieran puesto entre las dos barras para protegerla, para que no tenga que mezclarse con nosotros... Eh, parece que ha sentido mi presencia. Y me ofrece su perfil: “Este es mi lado bueno”... Ahí se queda un sitio libre: si quiere se puede sentar. Mira, antes lo digo... Parece joven, aunque no me arriesgaría a decir una edad: lo mismo puede ser veinticinco que treinta y cinco... ¡Menudo tocho el libro que lleva!. Aunque ahora lo cierra: para escuchar la canción... Es realmente bonita. ¿Estará casada?. A ver..., tiene varios anillos. Ese sí parece de casada... Bah, ya no la veo: me la tapan.

¿Qué dice el músico?. Lo de siempre... ¡Ah, pero está diciendo los títulos de las canciones que ha tocado!... Qué cosa más rara. Será para sentirse un poco más digno: es como si dijera: “sé que tocar en el metro es una mierda, pero que sepáis que aún me queda dignidad”... Se le ve muy hecho polvo al hombre... Y es que hay canciones que sólo debería tocar gente que esté pasando por un mal momento. Que las toquen tipos sanos y felices es como una burla. Tipos que lo han tenido todo fácil y hablando de rechazo o de nostalgia... ¡Qué sabrán ellos!...

¡Vaya, ahora arranca!: parece que estaba programado para esperar al final de la actuación.

Ya la veo otra vez. Bueno, parece que ya se ha olvidado de mí... Ahora está mirando de reojo a la china. Es como si se sintiera amenazada por ella: a lo mejor está esperando el grito de ataque, ¡Iaaaa!, y que de un golpe le quite el asiento. Y se siente más ancha que larga después de dejarla a ella K.O. con sus libros por los suelos... O tal vez simplemente está pensando. Eso me pasa a mí mucho: te pones a pensar mientras estás leyendo y, cuando te das cuenta, ya no sabes por dónde vas... Entonces empiezas a buscar en qué lugar de la página empezaste a no enterarte de nada. Pero enseguida te vuelves a distraer y, al final, aunque estés leyendo, las palabras son sólo como una música de fondo; sin que realmente consigas seguir el hilo de la historia.

ATOCHA RENFE

¡Venga, vámonos!... Mira, también se bajan los chinos: a lo mejor se trasladan de ciudad. A buscar mejor suerte en otro lado... O a lo mejor ya han decidido volverse a casa: “Que allí, entre tantos, dos más apenas se notan”. Casi no puede con todo lo que lleva: la casa auestas... La verdad es que yo llevo poco equipaje. Pero bueno, hasta que me instale de forma definitiva no tiene sentido llevarme más cosas... Y en casa de mi tía apenas estorban.

Anda que esos: con auténticos sombreros de cow-boys... Deben ser turistas americanos que vienen a visitar sus colonias. Una gira por provincias... Bueno, a lo mejor son sólo fans de Los Rebeldes que se van a la sierra... No lo creo: tienen rasgos extranjeros. Y esa seguridad que siempre tienen los yanquis. Paso firme: aquí estoy, en vuestro insignificante país. Diversión asegurada por pocos dólares... De eso nada. ¡yanquis, go home!.

¿Qué estaba pensando?... Ah, sí: en mi tía. Ya ha renunciado a preguntarme lo que no entiende de mi vida. Que, en realidad, es casi todo... Especialmente mi historia con Carla. Pero es que son cosas que no se pueden explicar: hay que verlas; hay que vernos en nuestra salsa para poderlo entender... Para entender todo lo que ha pasado; que es muchísimo. Si fuera un guión lo rechazarían: por demasiado enrevesado. “-Pero, hombre, todo eso no le puede ocurrir a nadie - Vaya que no, si yo le contara...”. Dichosa originalidad: nunca he pretendido ser tan diferente; nunca he pretendido romper moldes. Me los he encontrado y se han roto en mis narices... Y la gente recoge los trozos pensando que voy por ahí arrasando. Y nada más lejos de la realidad: es sólo que a la vida le gusta devastarme; reírse de mi preparándome situaciones increíbles. Y yo no puedo más que seguir corriendo antes de que se me caiga todo encima... Pero sin querer me adentro en laberintos. Laberintos reales... La realidad es casi toda sencilla y despejada; pero es enrevesada en las afueras. Y yo vivo siempre en la frontera; entre lo inventado y lo real... Me encierro en un mundo del que la gente no ve más que la cáscara. Una cáscara dura que protege el contenido: los sentimientos; que es mejor no exponerlos a la luz... Porque cuando los expreso; cuando hago un agujerito en la cáscara para que puedan salir, se dañan porque no están acostumbrados a la luz... Son sentimientos topo.

¿Y ahora?. Renfe, Renfe... Ah, es por allí... Mira, una pareja de ciegos. También ellos se juntan; como los sordomudos... No pueden aprovechar la inmensa riqueza que permite poder ver; pero seguro que aprovechan mejor que nosotros el oído o el tacto. Igual que yo voy mirando el suelo, ellos sabrán leer el camino por el tacto de sus pasos... Aunque Madrid es una ciudad dura para un ciego: cuando no es la zanja de una obra, es una mierda en mitad de la acera... ¿Y esa pintada?:

NOBODY'S DIARY

El diario de nadie... De nadie, así que es un diario no escrito. O estará escrito con palabras nuevas: aún sin pronunciar; y lleno de historias que jamás se han contado. Que se almacenan en

el Diario de Nadie... Para que lo consulten todos los que quieren olvidar su pasado: van allí y buscan una historia, cualquiera, que les haga ser Alguien. Y a cambio escriben en el Diario su verdadero pasado; de forma que cada vez quedan menos historias que valgan la pena... Aunque nunca nadie ha leído el Diario hasta el final: todos están ansiosos por vivir el presente con su nuevo pasado así que no se arriesgan a esperar a las últimas páginas... Y a lo mejor allí está la que sería la historia de su vida.

AVE. VENTA DE BILLETES →
LARGO RECORRIDO ↓

Parece que es abajo, por la escalera... ¿Quién está ahí abajo?. Parece un músico o algo... ¡Es un payaso!; ¡un payaso en la estación!. Y haciendo malabarismos. Qué bueno... Me está mirando: supongo que porque le miro yo a él. Lo hará con todos los que le miren. Qué gracia... Bueno, a mí me hace gracia, pero muchos que vengan con la tensión del viaje y se encuentren un payaso que encima se ríe de ellos, tendrán ganas de soltarle una hostia... Y es que nos falta sentido del humor. Lo tenemos para reírnos de los demás: de sus caídas, de sus defectos; pero, ¡ah, amigo!, no toleramos que se rían de nosotros. Y habría que reírse más de uno mismo... La risa como remedio santo: “Usted, ja ja, lo que tiene que hacer es reírse más de sí mismo. Que moti..., ja ja jo jo, motivos no le..., ja jajá jajá, no le faltan. Juajua juá.”

Mira, ahí hay cabinas... Podría llamarla de nuevo... Tal vez ya esté en casa. Bueno, en realidad no ha pasado mucho tiempo. A ver...: unos veinticinco minutos. Tengo que dejar pasar más tiempo: olvidarme del asunto y llamar después de un buen rato... Aunque para eso debería evitar todo lo que me recordara a ella. ¡Que es casi todo! Pero tiene que haber lugares sin Carla: descarladados. Descarnados... “Los lugares descarladados, Carla, me resultan demasiado descarnados”.

Pero el mayor problema de abandonarla sería su recuerdo: ella no estaría cerca ni me la podría encontrar; así que sólo me quedaría un recuerdo que seguiría idealizando. Por eso no es solución... Debo tenerla a mi alcance y no querer acudir a ella. Y no llamarla aunque sepa que me espera al otro lado del teléfono con los brazos abiertos... Quizá deba ir a Villa sólo para dejarla. Convencerme de que puedo apartarla de mi vida justo cuando esté más cerca de ella. Será más duro, pero es la única forma de estar seguro de que no quiero estar a su lado. Si me quedo, será ella la que un día se marche dejándome... Debo ir a Villa para marcharme de allí. Si no, siempre me quedará Villa. Siempre nos quedará París... Tengo que superar el mono junto a ella. Que no pueda impedirlo. Que ni siquiera se entere; para que no esté tentada a echarme un último lazo. Que cuando empiece a notar mi pérdida yo esté con la maleta en la mano despidiéndome: “Adiós, pequeña. Estuvo bien mientras duró”. ¡Y para siempre!... Eso es, por fin tengo una respuesta: la desintoxicación. Hay que conseguir la desintoxicación definitiva.

¿Y ese tan sonriente...?. Ah, es que va en busca de aquella pelirroja... Besitos: mua, mua. Los dos con esa pinta de modernos... Y no es porque lo diga yo: es que llevan el disfraz diseñado a conciencia. Incluido gestos y posturas. Y se tocan más de lo normal... Aunque la verdad es que eso está bien: es estúpido el miedo que tenemos a tocarnos... Pero hay que cortarse. Al menos hasta que todos nos pongamos de acuerdo en ser más cariñosos. Si no, puede haber malentendidos: “Pero, mujer, si se lo hago a todo el mundo...”

Mira, los horarios... Ah, no, esos son de las llegadas... Ahí están. A ver el de San Sebastián... ¡Madre mía, a las 22:00!. Igual que el del Villa... Sabía que era por la noche, pero no pensé que fuera tan pronto. La verdad es que no es que tenga mucho tiempo para decidirme...

Desengancharme de ella... Así, por las buenas. ¡Y además en su terreno! No se si soy realista; tendría que recordar todo lo que ha pasado durante estos últimos años. “¿Es que no ha repasado usted los archivos?”... Porque una vez allí, ¿qué es lo que me va a impulsar a dejarla?.

Es como meter una abeja en un panal y luego decirle que es diabética y la miel no le conviene. No te jode, el tratamiento... Si es fácil, hombre: es ir a un pueblo junto al mar, un lugar idílico, visitar a la que quizás sea la mujer de mi vida, que me recibirá con los brazos abiertos...; y decirle: “Hola, vengo a dejarte”. E irme tan tranquilo... Claro, seguro que lo consigo, es sencillísimo.

Bueno, ¿y qué hago aquí parado?. ¡Si no queda apenas tiempo!. Además me estoy meando... Tengo que decidirme y comprar el billete. El que sea... ¡Ah, bueno, lo puedo comprar en marcha!... Sí, ¿no?. Por lo menos en Cercanías se puede. Aquí, supongo que también. Además no creo que esta noche viaje mucha gente.

¿Dónde estará el baño?. A ver.. No, no se ven indicaciones por aquí. Además, ¿qué hago mientras con la maleta?. No vale la pena dejarla en consigna... ¿O sí?. La verdad es que estaría más cómodo... Aunque seguro que puedo dejarla al lado un momento... Venga, voy a buscarlo. Los andenes están por allí: seguro que hay uno entre medias. De todos modos, siempre puedo hacerlo en el tren.

El tren... Mejor el de San Sebastián. Y así me dejo de experimentos psicológicos, no vaya a ser que al final me salga el tiro por la culata. Mejor hacer borrón y cuenta nueva... Aunque la verdad es que ya estoy harto de empezar historias que luego se quedan a medias. Y es que me paso la vida sembrando sin obtener cosecha... Regalando trocitos de mi. ¡Y qué trocitos!: el muslo, el jamón... Para que luego se echen a perder. ¡Qué desperdicio!... Excedentes. Excedentes de carne de poeta. Y luego a esperar que se regenere. Para volverla a regalar y que se pudra de nuevo. Y así una y otra vez.

¡Qué sillas más raras!. Y como están distribuidas: es como si hubieran venido a ver cómo nos vamos: “las mejores despedidas, las llegadas más inesperadas. Todo en la estación de Atocha”. Sólo les faltan las palomitas... Aunque ese qué cara más triste tiene. Parece extranjero. ¿Polaco, a lo mejor?. Sí tiene toda la pinta. Aunque vete a saber, lo mismo es de Valladolid... Sujeta la bolsa con ademán protector. “-¡Es mía, mía!. -Claro que sí. Tranquilo, muchacho”. Bueno, quizá lleva dentro todo lo que tiene... O al revés: a lo mejor ha metido lo que más le atormenta. Para tirarlo en algún sitio lo más lejos posible de aquí.

¡Doce minutos!. ¿Qué voy hacer?. Al menos debería escribirla... ¡Eh, mira, ahí está el baño!. Pero mejor termino esto antes: aunque sea unas letras. Un aviso diciéndole que no voy; y que ya le mandaré otra carta más larga. Como si fuera un trailer: “No se pierda nuestra próxima carta”. Mira, aquí me puedo sentar... ¡Puf!. Vaya paliza. A ver, el cuaderno... Ah, y además estaba con la poesía

PUES, AUSENTE LA TUYA CON EL DÍA,
ATRAPA MI MANO EL VACÍO.
(ACARICIO POR DESEO Y POR COSTUMBRE)

¿Qué más?... Mi mano atrapa el vacío... Y a pesar de eso, avanzo. Camino... Mis pies caminan. Pero el camino es doloroso. Por culpa de la realidad. De caminar por el mundo real... Mis pies caminan, malheridos... De caminar por la tierra... Por los tratos con la tierra.

*Mis pies caminan,
malheridos por los tratos por la tierra.*

Suena bien. Lo que no se es si encaja con lo que viene después...

HASTA QUE CAMBIE DE SUEÑO Y DE VIDA
HASTA QUE CAMBIE DE TI

Tiene que haber algo ahí que enganche... Caminaré sin rumbo hasta que cambie de vida. Sin tener un destino... Pero no es fácil encajar ahí un tercer verso. ¿Y si lo corto?. Mis pies / malheridos por los tratos con la tierra / caminan... Sí, así sí que puede encajar...

MIS PIES CAMINAN,
MALHERIDOS POR LOS TRATOS POR LA TIERRA
caminan

Camina... Sin la promesa de un destino... No, no me gusta. Camina sin la esperanza de un destino. Mis pies / malheridos por los tratos con la tierra / camina sin la esperanza de un destino. Demasiado largo... Sin esperanza de destino. Camina sin esperanza de destino. A ver así...

sin esperanza de destino.

A ver qué tal suena toda la estrofa.

MIS PIES,
MALHERIDOS POR LOS TRATOS POR LA TIERRA
CAMINAN SIN ESPERANZA DE DESTINO.

Eso está mejor... ¡Eh, la carta!. Con la hora que es y yo aquí perdiendo el tiempo con la poesía... “Hacemos una encuesta sobre lo que hacen los pasajeros cuando quedan pocos minutos para subir al tren. -Buenas tardes, en dichas circunstancias, ¿qué hace usted?: ¿revisa que lo lleva todo?, ¿da un último recado por teléfono?. -Bueno, yo..., esto..., escribo poesías”. Menudo colgado... Pero me da tiempo a escribirle: sólo unas palabras rápidas; para decirle que no voy y que ya le explicaré más despacio. Pero al menos le mando algo... ¿Mandarle?: ¡necesito un sello!. A lo mejor hay en el quiosco... No, espera. Antes escribe la carta .

A ver. Querida Carla. No, suena forzado... Estimada Carla: no, así parezco un banco... Venga, no le des más vueltas, que no hay tiempo.

Carla:

Estoy en la estación a punto de coger el tren.

Pero aún no sé cual. “Pues pregunta, hombre de Dios”.

Pero aun no sé si será el de Villa. Te sorprenderá escuchar esto. A mi también me cuesta escribirlo. Y más aún llevarlo a cabo. Pero hay situaciones que en algún momento deben terminar.

Suena un poco frío... Pero bueno, ahora viene lo importante: debo explicarle lo que siento; y que ella realmente lo entienda. Y además en tan pocas palabras... Palabras densas. Concentradas... Como la comida de los astronautas.

Mira esa... Me mira sin mirarme: sus ojos no se fijan en mí pero de alguna manera está pendiente de mis reacciones... Ahora se levanta; y se arregla el vestido. Para mí, para que yo lo vea... Es como los ministros delante de los fotógrafos; que se abrochan la chaqueta o hacen cualquier otro gesto; para aparentar naturalidad... Adiós, preciosa.

Las palabras clave... Supones todo para mí: por eso me voy. No puedo vivir sin ti: por eso no quiero volver a verte. Está clarísimo... “No tengo sed: por eso necesito un trago”. A ver...:

Supones todo para mí, demasiado como para no querer estar siempre a tu lado si sé que estás cerca, demasiado como para mirarte sin querer besarte, como para ver a otros a tu lado y poder soportarlo.

Sé que todo eso no puedo pedírtelo, así que mejor no pronunciar las palabras, mejor no dar esa oportunidad a mis labios, ni a que mis pasos me acerquen a ti cuando camines sola por el Paseo de Villa.

Joder, ahora sí que no puedo aguantar; tengo que ir... Voy a guardar esto. Si pudiera dejarle a alguien la maleta... “Le importaría que le dejara la maleta. -No, hombre. ¿No quiere dejarme también la cartera?”... Bueno, puedo meterla y dejarla luego a un lado. O meterme en una cabina.

Mira ese que sale. Vaya camiseta: “A mind is a terrible thing to waste”. Esos dibujos parecen visiones; visiones alucinógenas. Pues el tío parece normal... Bueno, tampoco demasiado. Para llevar esa camiseta ya hay que ser un poco especial... A lo mejor ha estado esnifando en el baño. A lo mejor se ha estado esnifando la camiseta.

Las cabinas están cerradas: parece que son de las de echar dinero... ¡Da igual, venga!: aquí mismo. Puf, está lleno... Venga, ahí se va uno... Dejo esto aquí..., y vamos allá... Mira, ese ya ha terminado; y se la sacude con fuerza: no quiere que luego le caigan gotitas en el pantalón. ¿Cómo era esa frase?... ¡Ah, sí!: “Lo dijo Aristóteles y lo confirmó Platón: la última gotita caerá en el pantalón”.

No me concentro. A ver, piensa en otra cosa... La carta: tengo que terminar la carta; y ya casi no da tiempo... Aunque también puedo escribirla en el tren; y echarla al buzón en la primera estación que paremos... Pero no tengo sello. Bueno, pero puedo comprarlo ahora.

Mira este tan bajito. ¡No puede llegar!: es físicamente imposible. A ver... Ah, pues sí, llega. Y ni siquiera le ha hecho falta hacer un tiro bombeado. “¡Mire, sin manos!”... Bueno, pues ya está; ya no podía aguantar más... Venga, la maleta y nos vamos.

Ta tatata-tá tatata-tá tatá, ta tatata-tá tatata-tá tatá. ¿Qué estoy cantando?. Ah, sí, la ranchera del tipo de antes... La verdad es que cuando terminó de tocar esa canción, el ambiente del vagón era diferente... Se notaba en las caras. Empezando por la chica; que se quedó como pensativa. Seguro que acordándose de alguien.

21:57

¡Dios!; se me ha echado el tiempo encima. ¡A los andenes!. Están aquí mismo... ¿Y eso? ¡La selva!. Ah, es el jardín ese del AVE... Ave, Cesar, morituri te salutan. Ave, Carla. Pringaturi te salutan... Venga, que no hay tiempo que perder. ¡Vamos que nos vamos!. Ahí están los dos trenes. Juntitos. “Las apuestas: tres a uno a favor de S.Sebastián. Cuatro a uno por Villa. No hay nada decidido”... Las puertas: son automáticas... ¡Frena, qué te das!. Ya está. ¡Vamos, vamos!... ¡Venga!, ¿qué hago?. Hay que decidirse... ¡El jefe de estación: parece que va a dar la señal!. Tranquilo: tiene que llegar hasta el principio. Entonces, ¿a este?... Sí, no quiero pensar. Piensa otra cosa... ¡La poesía!: Cuando duelen los sueños. Cuando duele a la noche arrancar la mañana...

Por aquí mismo: ya buscaré luego un sitio... ¡El escalón!. Eso es... Madre mía, creí que no llegaba... El otro tren todavía está ahí. Aún me da tiempo a cambiarme... ¡No, ya has tomado una decisión!. No le des más vueltas... Duele a la noche arrancar la mañana... El cuaderno. Está

por aquí... A ver

CUANDO DUELEN LOS SUEÑOS
CUANDO DUELE A LA NOCHE ARRANCAR LA MAÑANA
Y LA LUZ ES INFAME
(JUEZ QUE IMPONE LO CIERTO).

LA REALIDAD ES ENTONCES CUCHILLO AFILADO
CUYA HOJA ACARICIAMOS
PARA AL MENOS SENTIR

PUES, AUSENTE LA TUYA CON EL DÍA,
ATRAPA MI MANO EL VACÍO.
(ACARICIO POR DESEO Y POR COSTUMBRE)

MIS PIES,
MALHERIDOS POR LOS TRATOS CON LA TIERRA,
CAMINAN SIN ESPERANZA DE DESTINO

HASTA QUE CAMBIE DE SUEÑO Y DE VIDA
HASTA QUE CAMBIE DE TI

Bueno, habrá que mejorarla... Mira, ya nos movemos. ¿Llevo todo?: siento que se me olvida algo. Si sólo llevaba la maleta... ¡Ah, los sellos!: los sellos para la carta... ¿Carta?, ¡¿qué carta, pringado de mierda?! Si ya no hace falta ninguna carta...